ENRIQUE ZUMEL

OTRO GALLO LE CANTARA

COMEDIA

en tres actos y en verso, original

TERCERA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

OTRO GALLO LE CANTARA

OTRO GALLO LE CANTARA

COMEDIA

en tres actos y en verso

ORIGINAL DE

ENRIQUE ZUMEL

Representada por primera vez en el TEATRO DEL CIRCO
en Octubre de 1865

TERCERA EDICIÓN

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1911

A Don José García Taboadela

Recuerdo de la verdadera amistad
que le profesa

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MATILDE	Adelaida Alvarez.
DOÑA ANDREA	Emilia Dansan.
LUCÍA	Adelaida Zapatero.
EDUARDO	Juan Catalina.
DON MARIANO	Francisco Oltra.

La escena pasa en Madrid y en nuestros días



ACTO PRIMERO

Sala adornada con lujo; pero se notará en ella desarreglo; velador con bastidor de bordar y avíos de hacer crochet; piano á la izquierda, en segundo término; mesa con papeles y recado de escribir á la derecha; un cepillo en la mesa; un plumero de limpiar el polvo, en una silla; en otra un abrigo de señora. Al alzarse el telón aparece doña Andrea vestida de calle, con abrigo y sombrero, abrazando á Matilde, que estará de casa.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ANDREA y MATILDE

MAT. ¡Con qué gusto, madre mía,
hoy te estrecho entre mis brazos!
AND. ¡Hija del alma! (Besándola conmovida.)
MAT. ¿Es posible
que en seis meses que han pasado
me hayas guardado rencor?
AND. Tú no conoces el daño
que al corazón de una madre... (Llorando.)
MAT. ¿Qué es eso? ¿Ya estás llorando?
AND. ¡Te saliste con tu empeño
de casarte con Eduardo!
¡Al banquero despreciaste!
¡Tan buen partido!... y al cabo,
porque yo no consentía...
MAT. ¡Mamá!
AND. ¡Te depositaron!
¡Te sacaron de mi casa,
mientras yo anegada en llanto!...

MAT. ¿Vamos, á qué recordar?
AND. Es que yo...
MAT. Me has perdonado,
y todo se ha concluído.
Pronto ha de venir Eduardo,
y te pedirá perdón:
verás; es muy buen muchacho:
me quiere mucho.
AND. ¡Lo creo!
¿Y tú también?...
MAT. ¡Pues es claro!
Me casé porque le amaba:
si no, ¿te hubiera yo dado
el disgusto?...
AND. ¿Y en seis meses
nos has tenido algunos ratos
de arrepentimiento?
MAT. ¡Yo!
AND. ¿Cuentas con lo necesario
para vivir con holgura?
MAT. Yo no ambiciono un palacio;
tengo un cuarto... decentito;
una criada...
AND. (Mirando en derredor.)
(¡Buen cuarto!)
Y los muebles...
MAT. Son decentes.
¿Ves? aquí tengo el piano.
AND. (Con desdén.)
¡Y está bueno!
MAT. (Si supiera
que aun siendo así es alquilado!)
AND. En fin, tú te lo has querido.
Tú despreciaste la mano
de don Jacinto Gutiérrez,
que es un hombre millonario.
MAT. Mamá, si yo no le amaba.
AND. Pues ya le hubieras amado.
Tu amiga, Eugenia de Lara,
bien lo atrapó.
MAT. ¡No lo extraño!
AND. Allí están en Barcelona
con criadas y lacayos,
y amatistas y brillantes;
es reina de los saraos,
mientras tú vives aquí...

MAT. ¡Dichosa porque le amo!
AND. ¡Otro gallo te cantara
si me hubieras escuchado!
MAT. ¡Qué me importa la riqueza!
Yo tengo lo necesario,
y su amor es mi ventura.
Goce Eugenia de ese rango
que yo tener no he querido.
Soy tan dichosa á su lado...
AND. Al principio no es difícil.
¡Verás con el tiempo!
MAT. Vamos,
mamá, no me vaticines
desventuras. ¡Yo le amo!
El es bueno y cariñoso;
amante se está mirando
en mis ojos, y yo espero
siempre con delirio amarlo.
Amargaba mi ventura
tu enojo; mas ya te abrazo
y se acabaron mis penas.
AND. ¡En fin, puesto que te hallo
resignada con tu suerte,
menos mal! ¡Ya hace tres años
que murió tu padre!...
MAT. ¡Sí!
¡Pobre padre mío!
AND. ¡En llanto
nos quedamos sumergidas
y en terrible desamparo!
¡Mi viudedad no bastaba
á sostener nuestro rango,
y cifraba mis deseos
en que tú al tomar estado
eligieras entre todos
un marido millonario.
¡Un senador!... ¡ó un ministro!
¡un hombre que fuera algo!
¡Ay! ¡si tu padre viviera!..
¡Si él te viera en piso cuarto!
¡El! ¡él! ¡todo un brigadier
con su cruz de San Fernando!
¡El, que tanto figuraba,
aun siendo ya retirado,
que fué teniente de alcalde..;
y estaba más limpio el barrio...!

¡El, que era socio de Amigos
del país; condecorado
con mil cruces; presidente
del Liceo sevillano!

MAT. Bien.

AND. Conforme á tus principios
quise procurarte el tálamo.
¡Pero tú no lo has querido!

MAT. ¡Mi esposo es tan buen muchacho!

AND. ¡Será muy bueno; corriente,
un hombre de tres al cuarto!
Mas tú estás acostumbrada
á mucho mimo y regalo;
á no tener que mezclarte
en los asuntos prosáicos
de la casa; tú no sabes
entenderte con criados...
Yo te he tenido doncella
para lavarte las manos;
para limpiarte las uñas
y calzarte los zapatos.
Como que yo te duqué
para señorita; ¿estamos?
No para ama de llaves
ni para pobre. Mis cálculos
salieron fallidos... ¡Ah!...
¡Tú lo quisiste!

MAT. Es el caso
que mi marido conoce
la educación que me han dado,
y no me exige que yo
descienda... yo aquí no hago
mas que bordar zapatillas;
alguna labor de mano,
como son flores de cera.
crochet y tocar el piano.

AND. Pues sigue siempre lo mismo.
Si un día por un acaso
pegas un botón, al otro
hará que le pegues cuatro;
al otro te obligará
á que planches tú; y al cabo,
le repases calcetines
ó le limpies el despacho.
Nada, hija; desde el principio
se ha de enderezar el árbol.

MAT. ¿No le digo á usted que él
todo lo paga?
AND. No es malo...
no hace más que su deber...
si no no haberse casado.
¿Pero tú marido puede
sostener?... ¡yo no lo alcanzo!
Pues con doce mil reales
estando Madrid tan caro,
no hay más que para vivir
en todo economizando;
sujetos, como quien dice,
tan sólo á sota, caballo
y rey.
MAT. No sé de qué modo
se arreglará; mas lo paso,
si no con lujo, que yo
no ambiciono, con descanso.
AND. Si es su destino siquiera
de esos que tienen las manos
puercas...
MAT. ¡Mamá! ¿cómo puercas?
AND. ¿Tú qué sabes de empleados?
Siempre has tratado con nobles,
con títulos, con bizarros
militares, con banqueros
y opulentos millonarios.
¿Quién lo había de decir?
¡Pero, en fin, ya está hecho el daño!
¡Otro gallo te cantara
si me hubieras escuchado!
En Barcelona estarías
con mucho tren y boato,
y no aquí en un cuarto piso.
Porque, hija, ¡vivir tan alto!
MAT. Mamá, yo estoy muy contenta,
y al lado de mi Eduardo,
que me adora con delirio,
se me figura un palacio
este cuartito modesto,
sin más lujo, sin más fausto
que el tesoro de su amor,
que es mi placer y mi encanto.
AND. Contigo pan y cebolla
viste hacer en el teatro,
y aquí á las mil maravillas

lo estás hoy representando.
¡Quiera Dios no llegue un tiempo
en que aburridos entrambos,
advirtais que la cebolla
suele picar demasiado;
y que el pan seco, hija mía,
á veces produce empacho!

MAT. ¡Pero mamá!

AND. Ya me voy.

MAT. ¿Tan pronto? Espérate un rato;
él vendrá de la oficina.

AND. No; dispuesta no me hallo
para la entrevista; ya
vendré á veros más despacio.

MAT. Como quieras; pero hoy...

AND. No insistas, porque me marcho.
Adiós, hija, te perdono
los disgustos que me has dado.

MAT. ¡Gracias, gracias, madre mía!
¡Soy dichosa!

AND. ¡Hasta otro rato!

MAT. Mi esposo se alegrará...

AND. Dame un beso y un abrazo.
¡Adiós!

MAT. ¡Adiós!

AND. Volveré.
¡Me dignaré perdonarlo!

ESCENA II

MATILDE

¿Tendrá mi madre razón?
¿Podrá al fin llegar un día
en que por desgracia mía
se entibie nuestra pasión?
¡Imposible! ¡No lo aguardo!
¡Sin embargo; pensativo
á veces, triste y esquivo
parece que está Eduardo!...
¡Oh! ¡Quiméricos antojos
de mi alma enamorada!
A mi voz, á mi mirada,
¿no depone sus enojos?

Mas... que me llegue á decir,
cuando triste me parece,
la causa que le entristece
no he podido conseguir.
(Se oye una campanilla.)
Desgracia fuera cruel
que de mi afecto cansado...
entonces... pero han llamado.
Abre la chica, y es él.

ESCENA III

MATILDE y EDUARDO

MAT. ¡Eduardo!
EDUAR (Abrazándola.) ¡Matilde mía!
MAT. ¡Ahora, sí, que feliz soy!
EDUAR ¿Porque he venido?
MAT. Es que hoy
es un venturoso día.
EDUAR. No te comprendo.
MAT. Es verdad;
tú no sabes lo que pasa.
El cielo ha echado á esta casa
su bendición.
EDUAR. ¡Qué ansiedad!
Acaba.
MAT. Tienes razón;
porque aun no te he dicho nada.
Vino mi madre adorada,
y me ha dado su perdón.
EDUAR. (Desconcertado.)
¡Ah!... Vino...
MAT. Sí. ¿No te alegra
la noticia?
EDUAR Hasta el extremo.
MAT. ¿No eres feliz?
EDUAR Mucho. (Temo
que he de matar á mi suegra.)
MAT. Y quedó en venir después
para perdonarte á ti.
EDUAR ¿Para perdonarme?
MAT. Sí.
¡Como es tan buena!
EDUAR. (Turbado.) Sí es...

MAT. Mas, Eduardo, me parece
que en vez de haberte alegrado
la noticia, te ha dejado...
¿Pues acaso te entristece?

EDUAR ¿Cómo me ha de entristecer?

MAT. ¿Verdad que te da alegría?

EDUAR ¿No ha de darme? ¡Sí, alma mía!
(Disgustado)
No la puedo contener...

MAT. Estás tan serio...

EDUAR Es verdad;
pero en ocasiones dadas,
la pena da... carcajadas,
y la dicha seriedad.

MAT. ¡Ah! Vamos, será nervioso.

EDUAR Sí; los nervios tienen parte...

MAT. He debido prepararte
antes de decirte...

EDUAR Ocioso,
Matilde, á la verdad fuera.
Yo soy tan impresionable,
que aun preparado, és probable
que también me sorprendiera.

MAT. Es verdad; tienes razón.

EDUAR Y tanto.

MAT. Estoy convencida;
pues de una madre ofendida
siempre conmueve el perdón.

EDUAR Hija mía, bien mirado,
tanto no se la ha ofendido.

MAT. Como su gusto no ha sido...

EDUAR. Ella es la que me ha ultrajado.
La que por capricho loco —
quiso tu dicha estorbar;
la que te hizo derramar
muchas lágrimas.

MAT Tampoco
es eso.

EDUAR. ¡Matilde, sí!
Y me agravió la primera,
diciendo que yo no era
esposo digno de ti.

MAT. No, Eduardo; ¡qué locura!
Ella el porvenir miraba,
y para mí deseaba
la opulencia y la ventura.

EDUAR. Sí, por eso protegía
á Gutiérrez.

MAT. Es tan rico...

EDUAR. Y á la verdad un buen chico. (Con ironía.)

MAT. Pero yo no le quería.
Y al darte gozosa el sí
tu imagen grabé en mi alma,
y al par que te dí la palma,
vida y corazón te dí.
Mi madre, era natural,
nuestro amor desaprobaba,
pues para mí ambicionaba
de Gutiérrez el caudal.
Y como madre, ya ves,
era justo que quisiera
que rica y dichosa fuera;
por eso tuvo interés...
y aunque me hizo derramar
lágrimas su oposición,
reconozco su razón
y la debo respetar.

EDUAR. Por más que á mí no me cuadre.

MAT. ¡Vamos, por Dios, no seas niño!
Confiesa que no hay cariño
como el cariño de madre.

EDUAR. Cuando ésta tiene talento
y lo sabe comprender,
porque si no, puede ser
tal amor nuestro tormento.
A veces un padre trata
de hacer á un hijo dichoso,
y le quita su reposo,
y por quererlo le mata.

MAT. Mas si le puede cegar
su afecto... ¡cómo ha de ser!
Se le debe agradecer
aunque nos haga llorar.
Hoy mi madre ha demostrado
por mi suerte un interés...

EDUAR. ¿Y te ha preguntado?...

MAT. ¡Pues!
Su cariño la ha impulsado...
si yo estaba arrepentida;
si vivía con holgura...
yo la conté mi ventura,
y me escuchó conmovida.

EDUAR (¡Cuando digo que el perdón
que nos ha venido á dar
de fijo me va á acostar
más de una sofocación!...)
MAT. Y me preguntó...
EDUAR. (¡Qué tercas
son las suegras!) Ya adivino;
preguntó...
MAT. Si en tu destino
tenías las manos puercas.
La pregunta no entendí,
mas pienso que tú sabrás...
EDUAR Sí, que lo sé.
MAT. ¿Y me dirás
lo que significa?...
EDUAR ¡Sí!
MAT. Pues dime con claridad...
EDUAR. (¡El demonio de la vieja!)
Si á más del sueldo me deja
mi destino utilidad.
MAT. ¡Pues qué! ¿Hay?
EDUAR. Algunos buenos
que tienen gran importancia,
porque dan tanta ganancia
que es el sueldo lo de menos.
MAT. ¿Y el tuyo no es?...
EDUAR ¡Hija, no!
Yo tengo el sueldo pelado.
He sido muy desgraciado;
no he pescado de esos...
MAT. ¡Oh!
EDUAR. Yo no chupo ni administro;
ando sólo entre expedientes;
eso es para los parientes...
MAT. ¡Ah!
EDUAR. ¡O ahijados del ministro!
MAT. Pues mi madre va á venir;
preguntará con instancia...
que deja mucha ganancia
tu destino hay que decir.
EDUAR. ¿Para qué, si eso no es justo?...
MAT. Es que no quiero que crea...
EDUAR. Yo no comprendo tu idea.
MAT. Me casé contra su gusto.
Y como ella no concibe
que su hija enamorada,

sin ambicionar ya nada
dichosa con tu amor vive,
es fuerza hacerla creer
que vivimos con regalo.

EDUAR. Pero ese medio es muy malo,
porque al cabo ha de saber...

MAT. No; yo tengo mis razones,
y pues que dichosa vivo,
no quiero que halle motivo
para más reconvenciones.

EDUAR. Entonces, bien; la diremos
que gano mucho, infinito.
Mas, chica, traigo apetito;
cuando quieras comeremos.
¿La comida está?

MAT. No sé.

EDUAR. Pues mira...

MAT. Llama á Lucía;
ella sabrá...

EDUAR. Sí, hija mía;
al punto la llamaré. (Llama con la campanilla.)

ESCENA IV

DICHOS y LUCÍA

LUCÍA. ¿Llamaba usté?
(Matilde se pone á hacer crochet.)

EDUAR. La comida.

LUCÍA. Se está cociendo la sopa.

EDUAR. Ya debía estar.

LUCÍA. Son fideos,
por eso los puse ahora,
cuando usted vino.

EDUAR. Está bien.

LUCÍA. Porque antes no era cosa...
se hubieran hecho un emplasto.

EDUAR. Pues vé á la cocina y sopla,
que tengo ganas.

LUCÍA. Ya voy.
Avisaré cuando ponga
la sopa en la mesa.

EDUAR. Bueno.

LUCÍA. (¡Qué señor y qué señora!)
(Se va Lucía, y Eduardo se acerca á la mesa.)

ESCENA V

EDUARDO y MATILDE

EDUAR Mientras tanto, escribiré
al amigo de Tolosa.
¡Qué demonio! ¡Cuánto polvo
en esta mesa! ¡Esto asombra!
MAT. ¿Qué quieres? ¡Si esa criada
es tan desmañada y floja!
Llámala y que lo sacuda.
EDUAR. Entonces deja la sopa
y comemos á la noche.
MAT. Hoy no ha pasado la escoba;
mira, allí dejó el plumero.
EDUAR. Eso es decir que lo coja
y lo limpie yo, corriente;
y esta silla y esa otra.
(Coge el sombrero y limpia las sillas y la mesa.)
MAT. Si ella no limpió ninguna,
están empolvadas todas.
EDUAR. ¡No, pues todas no las limpio;
con estas basta y aun sobra!
MAT. ¡Es claro! Que lo haga ella;
para eso el salario toma.
EDUAR Pero tú no se lo mandas,
y se hace la remolona.
MAT. Y yo, ¿qué entiendo de eso?
puede tener otra cosa
que hacer, y...
EDUAR Bueno; corriente.
(Está visto, las señoras
educadas de este modo,
son gangas apetitosas.)
MAT. Hoy vendrá la lavandera,
tienes que apuntar la ropa.
La chica la ha recogido,
según me ha dicho.
(Eduardo suelta el plumero y repara en el abrigo que esta sobre la silla.)
EDUAR (¡Esta es otra!)
Pero, mujer; ¿y este abrigo?
MAT. ¡Ay, esa muchacha es tonta!
Le dije lo cepillara,

y se lo deja... así toma
tanto polvo. Mira, Eduardo,
ya que ella está con la sopa,
pásale un cepillo.

EDUAR. ¿Yo?

MAT. Anda, Eduardito.

(Llegándose á él, le pone una mano sobre el hombro y le mira con ternura.)

EDUAR. (¡Qué mona!
Ya se ve, la pobrecilla
no está enseñada á estas cosas.)

MAT. Lo cepillas, ¿es verdad?
tú quieres mucho á tu esposa...

EDUAR. ¡Zalamera!

MAT. Porque sabes
que con delirio te adora.

EDUAR. ¡Sí, hija mía! Lo cepillo;
pero es fuerza te lo pongas,
porque mejor que en la mano
se limpia puesta la ropa.

MAT. Pues pónmelo.

(Eduardo coge el cepillo y el abrigo y se lo pone á Matilde, empezando á cepillarle por detrás.)

EDUAR. Esto es; así.
¡Cuánto polvo! Si esto es cosa ..

MAT. Eso en Madrid, ya se sabe:
ó polvo que nos ahoga
antes que rieguen, ó lodo
cuando las mangas nos mojan.

EDUAR. Los extremos son viciosos:
da la vuelta; bien. (¡Qué hermosa!)
Ya está sin polvo, hija mía.

MAT. Ahora, Eduardito, lo doblas
y lo pones en mi cuarto
de vestir.

EDUAR. Voy sin demora.

(Entra con el abrigo por la segunda puerta izquierda, y vuelve á salir en seguida con un botón en la mano.)

MAT. ¡Qué casero es mi marido!
¡He sido tan venturosa!...
Los temores de mi madre
por dicha en nada se apoyan.

EDUAR. Fuí á colgar el abrigo,
y me ha pasado...

MAT. ¿Qué?

EDUAR. Toma,

que este botón se ha saltado
de la cintura...

MAT. ¡Esta es otra!
y si yo no sé pegarlo...

EDUAR. ¿No?

MAT. (¡Mi madre es previsora!
Si hoy pego éste, mañana
otros á pegar me endosa,
y después...) No sé, Eduardo.

EDUAR. Ni yo tampoco: no importa;
dame una aguja enhebrada
y verás como yo...

MAT. (Dándosela y yendo al piano.)
(¡Hola!)

EDUAR. Con fuerza de voluntad
todo en el mundo se logra.
¿Vas á tocar el piano?

MAT. A recordar unas notas
mientras avisa Lucía.

EDUAR. Y yo á ver si pego... ¡sopla!
(Pinchándose al empezar á coser.)

MAT. (Sin dejar de tocar.)
¿Qué es eso?

EDUAR. Que me he pinchado;
y mira, la sangre brota:
de gusto me chupo el dedo.

MAT. ¡Qué bonita es esta polka!

EDUAR. Yo he visto pegar botones;
así creo que es; aquí toda
la hebra se lía; se tira...
¿Ves? ¡ya está! Me abrocho ahora.
(Va haciendo todo lo que dice; y al abrochàrse salta el botón, quedando colgando la hebra liada.)
¡Por vida! ¡Pues se ha caído!
¡Lo que es no entender las cosas!
Pues yo he visto que los sastres
lian la hebra y la colocan...
¡Si le pegué sin dedal!
¡Vuelta á comenzar la obra!
(Coge el dedal de Matilde, que estará en el bastidor, y empieza á coser.)
Se le darán más puntadas.

ESCENA VI

DICHOS y LUCÍA

LUCÍA Ya está en la mesa la sopa.
EDUAR. ¡Gracias á Dios! para luego
dejo el botón; ven, esposa;
porque tengo un apetito...
(Suelta la aguja y el botón en el velador, quedándose con el dedal puesto; en este momento suena una campanilla dentro.)
MAT. Pero han llamado.
EDUAR. No importa.
MAT. ¡Espera; mi madre!
EDUAR. ¿Sí?
MAT Ya no comemos ahora.
EDUAR. ¿Cómo que no? ¡Tengo hambre!
Mi estómago se alborota.

ESCENA VII

DICHOS y DOÑA ANDREA

MAT. ¡Ah, qué pronto, mamá mía!
(Corriendo al encuentro de doña Andrea, que baja y se encara con Eduardo en ademán trágico; ligera pausa; después tiende la mano á Eduardo, que alarga la suya aturdido; repara que tiene el dedal puesto y retira la mano con rapidez; se quita con la otra el dedal y se la vuelve á alargar á doña Andrea, que nota todo este movimiento, pero sin comprender la causa.)
AND. La mano.
EDUAR. Sí... ¡Ay! ¡el dedal!
AND. ¿Le da á usted algo?
EDUAR. ¡No tal!
Es la emoción... la alegría...
AND. Ya estoy de vuelta. (A Matilde.)
EDUAR. ¡Señora!
AND. Ya cansada de sufrir,
me he decidido á venir
por ver á Matilde; ahora
vuelvo para verlo á usted.
EDUAR. Gracias mil; yo agradecido...

AND. Al fin ya es usted marido..
EDUAR. Pero hágame la merced
de sentarse.
AND. Sí, me siento;
la escalera me ha cansado:
¡hija, qué casa has tomado
tan alta!
MAT. Es que...
AND. Al momento
debes mudarte.
EDUAR. (¡Eso es!
¡Ya empieza!)
AND. ¡Matilde amada!
(Mirando con lástima á Matilde.)
¡Tú no estás acostumbrada
á tanta escalera!
EDUAR. ¡Pues!
Tiene usted mucha razón;
más vivir aquí es higiénico,
nos lo ha aconsejado el médico,
porque hay más ventilación.
AND. ¡Pues qué! ¿estás mala, hija mía?
MAT. No tal.
EDUAR. No tenga usted pena.
Por ahora se encuentra buena,
y la altura da alegría.
AND. Nada, nada; no cansarse;
hay aquí mucha escalera;
y así, de cualquier manera,
es necesario mudarse.
MAT. Corriente, se bustará
un cuarto...
EDUAR. (Bajo á Matilde.)
(Quiero comer.)
MAT. (Idem.)
(Por ahora no puede ser.)
AND. De sobra se encontrará.
EDUAR. Buscaré sin perder ripio.
(¿Por qué no comer? ¡qué idea!)
(Bajo á Matilde.)
MAT. (Porque no quiero que vea
que no tenemos principio.)
EDUAR. (Si hay sopa para empezar.)
AND. Aunque ingratos me causásteis
mucho mal y me ultrajásteis,
hoy os quiero perdonar.

Pero es con la condición
de que usted mire por ella:
es mi Matilde muy bella,
y tiene una educación
que se lo merece todo.
(Llorando.)
¡Pobre hija mía!

EDUAR. ¡Señora!

MAT. ¡Qué! ¿vas á llorar ahora?

AND. No; no quiero de este modo
acibarar tu contento.
¿Vosotros no habréis comido?

MAT. Ahora acabamos.

EDUAR. (¿Qué he oído?
¡y de hambre estoy sin aliento!)

MAT. Mejor; podremos hablar
muy largamente.

EDUAR. (¡Dios mío!)

AND. ¡Ah! ¿No sabes que tu tío
debe muy pronto llegar?

MAT. ¿Mi tío?

AND. Mujer, sí.

MAT. ¿El hermano
de mi padre, que vivía
en la Habana?

AND. Sí, hija mía.

MAT. Ya sé...

AND. Tu tío Mariano.
Aunque no le has conocido
puede ser que se interese...
¡Ay! ¡Si tu padre viviese;
él, que tanto le ha querido!
¡Murió sin volverle á ver!
Escribe que se resuelve
y que á su patria se vuelve;
que te quiere conocer.
Como tantos de aquí van
y le han hablado de ti,
él quiere abrazarte.

MAT. ¿Sí?

AND. Y manifiesta un afán..

MAT. Ya conocerle deseo.

EDUAR. Y yo. (Después de comer.)

AND. ¿Sabes qué pienso, mujer?

MAT. No...

AND. Que demos un paseo.

MAT. Como usted quiera.
EDUAR. ¿Qué? ¿Ahora?
AND. ¡Pues! Hasta que entre la noche.
Hija, si tuvieras coche
como otras veces...
EDUAR. Señora...
MAT. Le tengo, aunque no le tengo.
EDUAR. (¿Eh? ¿qué dice?) (Asombrado.)
MAT. Y aun le aguardo;
me le ha alquilado Eduardo
por meses.
EDUAR. (¡Yo no me avengo
á mentir de esta manera!)
AND. ¿De suerte que cuando sales,
vas en coche? Siendo así,
extraño que den de sí
tanto doce mil reales.
MAT. Su destino es lucrativo
aunque el sueldo es poca cosa.
¿Verdad, esposo?
EDUAR. Sí, esposa; (Con ironía.)
me da un producto... excesivo.
MAT. ¿Quieres ir en carretela,
charavans, ó americana?
EDUAR. ¿En calesa ó en tartana?
AND. ¿Qué dice?
MAT. Si se desvela
mi marido por cumplir
mis deseos, me da gusto
en todo, mamá.
AND. Es muy justo.
MAT. Conque dí, ¿en qué quieres ir?
AND. En berlina iremos bien.
EDUAR. (Yo sí que en berlina estoy.
Está visto; desde hoy
empieza el martirio...)
MAT. (Aparte á Eduardo.) (¡Ven!
Anda, y que tome Lucía
una berlina por horas.)
EDUAR. (Pero mujer...)
MAT. (Me encocoras.)
EDUAR. (Si mi bolsa está vacía.)
MAT. Pero, mamá, no estés seria.
Mira, al volver esta noche
pararemos con el coche
á la puerta de la Iberia.

EDUAR. (¡Oh! ¡Me va á desesperar
vanidad de tal calibre!)
MAT. Y en el coche al aire libre,
te convido á refrescar.
AND. Corriente.
EDUAR. (¡No hay más que ver:
el dinero del mes vuela,
y en berlina ó carretela
nos quedamos sin comer.)
AND. ¿Pero á qué se espera?
MAT. Al punto
voy á vestirme, mamá.
Eduardo te entretendrá.
EDUAR. (Se va enredando el asunto.)
AND. Pues bien; espero y despacha
pronto.
MAT. (Aparte á Eduardo.)
(Quédate tú;
yo le diré..)
EDUAR. (¡Belcebú!)
MAT. (Lo del coche á la muchacha.)
(Matilde se va. Pausa. Eduardo bosteza varias veces.)

ESCENA VIII

EDUARDO y DOÑA ANDREA

AND. ¿Conque deja su destino
según se ve gran provecho?
EDUAR. ¡Es claro! ¿No ha de dejar? (Bostezando.)
AND. ¿Con honradez, por supuesto?
EDUAR. Claro está. De otra manera... (Bostezando.)
AND. ¡Jesús, y cuánto bostezo!
Acabando de comer...
EDUAR. ¿Acabando?... ¡Si no es eso!
Es que anoche dormí poco
y tengo como... (hambre) sueño.
AND. ¿Pues qué, será usted acaso
como esos jóvenes truenos
que á deshora se retiran?
EDUAR. No tal; yo no soy de esos;
soy de los otros. (Si ahora
pensará que yo...)
AND. No entiendo...
Como dice no ha dormido,
me figuré...

EDUAR. No por cierto;
yo vengo á casa temprano;
con Matide me paseo
y con nadie me reuno
más que con ella.
AND. Eso es bueno.
EDUAR. Si he dormido poco anoche,
es que traje documentos
de la oficina, y me estuve
hasta muy tarde escribiendo.
AND. Bien. Si es usted laborioso,
entonces, del mal el menos;
tendrá usted la recompensa;
la virtud merece premio.
Y siguiendo usted así,
pronto alcanzará mi afecto.
EDUAR. (¡Bonito premio!) Señora,
procuraré con anhelo
captarme su voluntad.
(¡Si yo te viera muy lejos!)
AND. Mientras Matilde se viste
quiero aprovechar el tiempo..
EDUAR. (¿Qué querrá hacer?)
AND. Con usted.
EDUAR. ¿Conmigo?
AND. Sí.
EDUAR. *(¡Vade retro!)*
AND. Porque hay cosas que mi hija
no ha de decirme.
EDUAR. No entiendo.
AND. Ya sabe usted el delirio
con que á mi Matilde quiero.
EDUAR. Sí, señora, es natural.
AND. Siendo tan grande mi afecto
yo la eduqué para rica,
porque me sobraban medios.
Yo no quise que aprendiera
esos quehaceres domésticos
que saben todas las pobres,
que hacen las hijas del pueblo.
¿Qué es ver á una joven bella
teniendo atado un pañuelo
á la cabeza, y el polvo
á los muebles sacudiendo,
blandiendo á veces los zorros,
otras veces el plumero?

¡Mujer en tal actitud
no es parte del bello sexo!
Se la estropean las manos;
se empolva su cutis terso...
¿Pues y cuando ya peinada
repasa ropa, y la vemos
componiendo calcetines
y pinchándose los dedos?
Yo mantenía criadas,
y por tanto no era cuerdo
que mi hija descendiera
hasta espumar el puchero.
Yo la tenía doncellas
que cuidaran de su aseo,
la vistieran y calzaran,
como á hija de un caballero
militar muy distinguido,
que era gloria de su cuerpo,
con su cruz de San Fernando
y otras cruces... más de ciento;
con su escudo de nobleza;
y fué del Ayuntamiento;
y era socio fundador
en Sevilla del Liceo,
y secretario honorario
de...

EDUAR. Señora, sé todo eso.

AND. Y por eso á mi Matilde,
que es hija de tal sujeto,
la he dado una educación
de duquesa...

EDUAR. ¡Ya lo creo!

AND. Usted lo sabía al casarse;
mi Matilde es un portento
para tocar el piano;
es joya para un concierto;
ella no sabe coser
ni repasar ..

EDUAR. ¡En efecto!
Ni aun sabe pegar botones.

AND. No ha de descender á eso
la hija de un brigadier,
que era todo un caballero,
con su cruz de San Fernando,
que fué del Ayuntamiento,
y era...

EDUAR. Socio fundador
en Sevilla del Liceo.
Ya me lo ha dicho; adelante.
AND. Cuando mi hija formó empeño
en casarse, yo quería
que fuera con el banquero,
porque así viviera siempre
con regalo; usted ha hecho,
según ella me ha contado,
aunque con pasar modesto,
que de tales pequeñeces
no se ocupe.
EDUAR. Sí; yo tengo
que mandar á la criada
á la compra; el libro llevo
del gasto de casa...
AND. Bien.
EDUAR. Yo á la lavandera entrego
la ropa; yo la recibo...
AND. Eso me agrada: y comprendo
que á usted mejor le estaría
una esposa así, del pueblo;
que fuera mujer casera,
como dicen los plebeyos.
EDUAR. (Mi suegra me va cargando.)
AND. ¡Cómo ha de ser! ¡No hay remedio!
A buen bocado, buen grito:
usted, amigo, teniendo
para vivir solamente
el producto de su empleo,
quiso usted una señora
para esposa...
EDUAR. Verdad.
AND. Y eso
cuesta caro.
EDUAR. (¡Cuesta caro!
En mi bolsillo lo siento,
y ahora con el cochecito
y sin comer, me divierto.)
AND. Hemos de ser muy amigos...
EDUAR. (Lo dudo.)
AND. Pues estoy viendo
que procura usted la dicha
de mi Matilde; mas temo...
Dígame usted; si algún día
le quitaran el empleo,

porque ahora los empleados
deben estar con el Credo
en la boca noche y día;
si un cambio de Ministerio...
le dejara á usted cesante...

EDUAR. ¡Entonces allá veremos!
No nos vaticine usted
desgracias; no querrá el cielo...

AND. Debe usted hacer ahorros
por si acaso.

EDUAR. En eso pienso.
(Ahorros y no me alcanza
para vivir con el sueldo.)

ESCENA IX

DICHOS y MATILDE, con abrigo de verano y sombrero

MAT. Ya estoy vestida, mamá.

AND. Pero, niña, ese sombrero
no es ya de la última moda.

MAT. Aun se llevan.

AND. ¿Cómo es eso?
Tú, que estás acostumbrada
á ir siempre como modelo
de elegancia... vas ahora...

MAT. Entonces era otro tiempo.
Ahora, como soy casada,
cuido de la moda menos.

EDUAR. (Me parece que á mi suegra
la mando pronto á paseo,
y el perdón que nos ha dado
intacto se lo devuelvo.)

AND. ¿Y á la Fuente Castellana
vas así?

MAT. ¿Qué tiene eso?

AND. ¡Tú! la hija de un brigadier,
que era tan noble sujeto,
con su cruz de San Fernando...

EDUAR. Y fué del Ayuntamiento,
y socio de no sé qué...
mas no la dejó dinero.

AND. ¡Pero la dejó su nombre
y su rango!

MAT. Me haré presto

otro sombrero de moda;
es no haber pensado en ello.
EDUAR. (¡Y yo sin comer!)

ESCENA X

DICHOS y LUCÍA

LUCÍA El coche
está ya á la puerta.
MAT. Bueno.
Vamos, Eduardo; ¿mamá?
AND. Me disgusta ese sombrero.
Por casa de mi modista
ahora mismo pasaremos
para que te compres otro.
Así no vas de paseo.
MAT. Como tú quieras, mamá.
EDUAR. (¡Qué escucho! ¡Rayos y truenos!
Está visto. Todo el mes
vamos á comer sombrero.
¡Haré buena digestión!
¡Ay! Esta suegra me ha muerto
perdonándome.)
MAT. Pues vamos.
AND. Sí; ya es hora del paseo.
LUCÍA (Señora, es que la comida...)
MAT. (Cállate; ya no comemos.)
EDUAR. (¿Cómo que no?)
LUCÍA (Yo, señora,
á la verdad, no me avengo...)
MAT. (¿Quién ha hablado de ti, necia?
Cómetela toda.)
EDUAR. (¡Cuerno!
¿y dejarme á mí *per instan?*
Eso ya no lo consiento.
Mira; guárdame mi parte
para cuando vuelva.)
LUCÍA (¡Bueno!)
MAT. ¿Vamos, Eduardo?
EDUAR. ¡Ya voy!
(¡Que no diera el coche un vuelco!)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

EDUARDO, en mangas de camisa, cepillándose la ropa

Presentí lo que me pasa;
y sufro la pena negra
desde el día que mi suegra
puso los pies en mi casa.
Mi mujer, por ocultar
nuestra humilde posición,
agrava la situación
obligándome á gastar.
Y si no logro poner
coto á su exceso diario,
empeñarse es necesario.
Si fuera para comer
lo sufriera resignado,
que es fuerza salir del día;
pero por esa manía
de ir en carretela al Prado...
Señor, doce mil reales
no serán una riqueza
para vivir con largueza...
Cincuenta duros cabales
son cada mes... ¡y por Dios!
muchos con un sueldo igual
mantienen hijos... no mal;
mientras que solos los dos...

¿Pero á qué cansarme quiero?
natural es lo que pasa:
¡cuanto se hace en esta casa
es á fuerza de dinero!
La consecuencia es precisa;
ella no pega botones,
ni repasa pantalones,
ni compone una camisa.
Y aunque al fin quisiera hacer
algo, por mí convencida,
viene su madre en seguida
y lo echa todo á perder.

ESCENA II

EDUARDO y LUCÍA

LUCÍA Tome usted esto, señor. (Un periódico.)
EDUAR. (Concedo que el sueldo es módico.)
LUCÍA ¿No oye usted?
EDUAR. ¿Qué es?
LUCÍA El periódico:
lo trajo el repartidor.
EDUAR. Corriente; déjalo ahí.
(Lucía deja el periódico en la mesa. Eduardo deja la levita y el cepillo en una silla; va á la mesa y toma papel y pluma: Lucía limpia los muebles con un plumero que habrá sacado.)
¡Ah! Ven á darme la cuenta.
LUCÍA Ponga usted: carne, cuarenta.
EDUAR. ¿Cuarenta de carne?
LUCÍA Sí.
Parece que se ha asombrado.
Pues yo no siso. (Con mal modo.)
EDUAR. Bien; pero...
LUCÍA Ahí entra la del puchero
y también la del guisado.
EDUAR. ¿Qué guisado?
LUCÍA El de la cena.
EDUAR. Sí; tienes razón; corriente.
LUCÍA Ponga usted: garbanzos, veinte.
EDUAR. ¿Veinte?
LUCÍA Y dos de yerbabuena.
EDUAR. (Esto así no se equilibra.)
Chica, pienso y con razón,
que muchos garbanzos son.

LUCÍA No tantos; son una libra.
EDUAR. Pero una libra, ya ves...
LUCÍA Si se reparte en dos veces.
EDUAR. Está bien.
LUCÍA Veinte de peces;
ajos y cebolla, tres.
EDUAR. (Aunque mucho me deleite
el amor de mi mujer...)
¿Hay algo más que poner?
LUCÍA Sí; treinta y cuatro de aceite.
EDUAR (¡Qué escándalo! Yo no debo...)
LUCÍA Y ponga usted diez de pasta.
EDUAR. ¿Mas tanto aceite se gasta?
LUCÍA ¡Claro! Yo no me lo bebo.
Ya puede usted ver la alcuza.
EDUAR. En la cena y el quinqué...
LUCÍA En ambas cosas; ¡y qué!
¡se gasta!... ¡No soy lechuza!
EDUAR. (¡Oh! si mi mujer cuidara
de la casa, no sería...)
En fin, ¿queda más, Lucía?
LUCÍA ¡Bueno fuera que pensara!...
EDUAR. ¡Basta de palabras necias!
¿Hay más?
LUCÍA Como usted no entiende
de estas cosas, se comprende...
EDUAR. ¿Hay más?
LUCÍA Sí, señor; especias,
cuatro cuartos.
EDUAR. Pues si ayer
otros cuatro se contaron.
LUCÍA Claro está; si se gastaron,
¿no los tengo de poner?
EDUAR. Cuatro ayer y cuatro hoy
en un puchero y un guiso...
LUCÍA Yo gasto lo que es preciso;
si no conviene me voy.
EDUAR. Me tomo desde mañana
la molestia de ir contigo
á la plaza.
LUCÍA ¿Usted conmigo?
¡quiá; no!
EDUAR. ¡Si me da la gana!
LUCÍA Pero es que yo...
EDUAR. No replique.
Usté hará lo que la mande.

LUCÍA Pues mire usté, ya soy grande
para llevar espolique.
EDUAR. ¡Y de ese modo sabré
lo que compras cada día!
Yo juro, por vida mía,
que el abuso evitaré,
Para que me sirva y guise
he tomado yo criada;
y no para que taimada
en lo que compra me sise.
LUCÍA Usted me insulta, y yo soy...
mejor que usted.
EDUAR. ¿Qué? (¡Yo estallo!)
LUCÍA Y á mí no me alce usté el gallo,
porque ahora mismo me voy.
EDUAR. ¿Que te vas?
LUCÍA Es muy probable.
¡Usted confianza no tiene,
y servir no me conviene
en casa tan miserable!
EDUAR. ¡Deslenguada! (¡Pierdo el tino!)
LUCÍA Bastante iba yo á medrar,
en donde no hay que comprar,
con salario tan mezquino.
EDUAR ¡Qué insolencia! ¡qué descoco!
LUCÍA Dicho está; servir no quiero
á un amo tan cazolero...
EDUAR. ¡Basta!
LUCÍA Y que come tan poco.
EDUAR. Si no te callas, te estrello.
LUCÍA Es que á mí no me amedrenta;
ajústeme usted la cuenta.

ESCENA III

DICHOS y MATILDE

MAT. ¡Qué gritos!
EDUAR. Sí tal. (Sumando la cuenta.)
MAT. ¿Qué es ello?
EDUAR. Esto es... ciento veinte y nueve:
yo te dí doce reales;
veinte y siete...
LUCÍA Sí; ¡cabales!
Eso es lo que usted me debe.

EDUAR. Tómalos, y el medio mes...
Vete pronto, que si no...
MAT ¡Qué! ¿La despides?
LUCÍA Soy yo
quien me despido; eso es.
MAT. ¿Mas por qué este disparate?
EDUAR. (Esta posición me humilla.)
LUCÍA ¡Abur! Mire usté, en la hornilla
hecho queda el chocolate.
El puchero por poner;
queda la carne lavada,
y la loza está fregada;
conque abur; hasta mas ver.
Puede usted economizar
en todo. Vaya el plumero; (Dándoselo á él.)
y cuenta con el puchero,
no lo vaya usté á quemar.

ESCENA IV

MATILDE y EDUARDO

MAT. Todo esto, ¿por qué ha sido?
EDUAR. Al respeto me ha faltado.
MAT. ¿Es posible?
EDUAR. Me ha ultrajado,
y después se ha despedido.
Y por lo tanto, no quiero
detener por un instante
á la criada insultante
que me llama cazolero.
MAT. ¿A ti cazolero?
EDUAR. A mí.
MAT. No comprendo la razón.
EDUAR. ¡Horrible es mi situación!
MAT ¿Qué escucho?
EDUAR. Motivo di
para su insulto.
MAT. No creo...
EDUAR. Que si yo ante esas mozuelas,
en casa no hago cazuelas,
á mi pesar, cazoleo.
MAT. ¿Que cazoleas?
EDUAR. Sí tal;
y es, porque tú hacer no quieres,

lo que todas las mujeres
hacen en casa: cabal.
Ridículo es que el marido
inspeccione si se gasta
mucho aceite, mucha pasta,
mucha especia en el cocido.
Que tenga que descender
de modo tan inhumano,
mientras que toca al piano
habaneras su mujer.

MAT. Yo no estoy acostumbrada:
mi educación conocías.

EDUAR. ¡Acostumbrarte debías!
Es tu deber de casada.

MAT. Tú sabías...

EDUAR. ¡Sí; es verdad!

MAT. Que no sé hacerlo; y se entiende...

EDUAR. Todo en el mundo se aprende
con fuerza de voluntad.
Mientras esta en ti no obre ..

MAT. Mi defecto conocías
al casarte.

EDUAR. Y tú sabías
te casabas con un pobre.
Y al aceptar con placer
esta humilde posición,
estás en la obligación
de ayudarme; es tu deber.

MAT. (Resentida.)
¡Eduardo!

EDUAR. ¿Te maravillas
de mis palabras? ¡qué quieres!
¡no se casan las mujeres
para bordar zapatillas!
No se pueden limitar
á las labores de mano...

MAT. ¡Ah!

EDUAR Ni á tocar el piano.
Su casa deben cuidar.

MAT. ¡Ay, madre! ¡Qué bien decía!
Después que le he preferido
y que por él dí al olvido
al que mi mano pedía.
¡Cuando he inmclado á su amor
la opulencia y la ventura,
me paga así!

EDUAR ¡Criatura,
atiéndeme por favor!
MAT. ¡Me ofende!
EDUAR Me echas en cara...
MAT. ¡Mi madre lo había anunciado!
¡Si yo la hubiera escuchado,
otro gallo me cantara!
Por ti desprecié al banquero,
y su opulencia...
EDUAR ¡Yo estallo!
¡Siempre ha de salir el gallo,
déjalo en el gallinero!
Que si estás arrepentida
de haberme dado tu mano...
MAT. ¡Porque eres muy inhumano!
EDUAR ¡A mí me cansa esta vida!
Ya estoy harto de tirar,
y esto de la raya pasa:
si no cuidas de tu casa,
¿dónde vamos á parar?
MAT. ¡Ay, qué congoja! ¡me muero!
¡Bien mi madre me decía!
EDUAR ¿Otra vez?
MAT. ¡Ay, qué agonía! (Se desmaya.)
EDUAR ¡Muy bien! ¡Estoy como quiero!
¡Matilde! ¡Se desmayó!
¡Oh! mal barreno taladre
á esa malhadada madre,
por lo mal que la educó.
¿Mi Matilde? ¡Que si quieres!
¡los nervios la hacen sufrir!
¡quién pudiera suprimir
los nervios en las mujeres!
Y es que mi amor la disculpa.
¡Su suerte ha sido fatal!
¡Si la han educado mal,
ella no tiene la culpa!
MAT. ¡Ay de mí!
EDUAR Ve que te llamo
con tierna solicitud.
MAT. ¡Oh! ¡Qué fiera ingratitud!
¡Sabiendo cuánto le amo!
EDUAR No, mujér.
MAT. ¡Ay! ¡Qué ansiedad!
EDUAR. Mas...
MAT. ¡Mi corazón se abate!

EDUAR. ¡Yo te traeré el chocolate,
que tendrás debilidad!
MAT. ¡Ya no me amas!
EDUAR. Mujer,
una cosa es la pasión
y otra cosa la razón
que te dicta tu deber.
Confieso que he estado fuerte;
tú no estás acostumbrada...
mas la maldita criada
me ha exaltado de tal suerte...
Ya pensarás desde hoy...
MAT. ¡Ay! de fatigas me muero.
EDUAR. El chocolate...
MAT. No quiero
que me sirvas; no.
EDUAR. Ya voy.

ESCENA V

MATILDE

¡Pobre Eduardo! El es bueno;
pero mi madre me ha dicho
que si no sé manejarme
será fatal mi destino.
Que la mujer debe siempre
acostumbrar al marido
á que la vea señora,
no criada de servicio.
Yo he preferido su amor
á un enlace distinguido;
que él me sacrifique algo,
que yo harto le sacrifico.
Ahora me voy á acostar;
me creerá enferma, y sumiso
le tendré mientras se pasa
su enojo; en lo sucesivo,
porque no me ponga mala
no exigirá desatinos. (Vase.)

ESCENA VI

DON MARIANO

¡Ah de casa!... no contestan (Dentro.)
¡Ave María!... ¡Qué!... ¿Nada?...
¡Corriente! Entonces yo entro,
y que salga lo que salga. (Entrando.)
Pues señor, esto es muy raro.
En Madrid hallo una casa
abierta de par en par;
según se ve, abandonada.
Poco miedo á los ladrones
se tiene aquí. ¡Vaya en gracia!
Tendrán poco que les roben,
que si no más la guardaran.
¿Será este el cuarto que busco?
Sí tal; calle de la Abada,
(Consultando un libro de memorias.)
número cincuenta y dos...
cuarto cuarto. ¡Y cómo cansan
las escaleras malditas!
Me tumbo en esta butaca.
(Sentándose en la que estuvo Matilde.)
Le pregunté á la portera
por si yo me equivocaba,
y me dijo que era aquí.
Esta soledad me extraña.

ESCENA VII

DON MARIANO y EDUARDO. Eduardo sale en mangas de camisa con servilleta, bandeja, una jícara de chocolate y un bollo. Se dirige á la butaca creyendo hablar á Matilde y presenta el chocolate á don Mariano, el cual empieza á tomárselo

EDUAR Vamos, vaya el chocolate.
MAR. No viene mal; hombre, gracias.
EDUAR ¡Caballero! (Sorprendido.)
MAR. ¿Te sorprende?
EDUAR Sin duda usted no repara...
MAR. ¿Qué he de reparar? reparos
con parientes no se gastan.

EDUAR. ¿Cómo parientes?
MAR. ¿Están
los señoritos en casa?
Anda, pásales recado.
EDUAR (¿Por quién me toma este facha?)
Caballero, no comprendo
su estilo ni sus palabras.
Diga usted, ¿qué se le ofrece?
¿á quién busca?
MAR. Si se enfada
me importa poco. Si busco
ó no busco, sin tardanza
lo diré á tus amos.
EDUAR ¡Yo
soy el amo de mi casa!
¡Yo no tengo amo ninguno!
MAR. Doña Matilde Igualada,
¿no vive aquí?
EDUAR Sí, señor.
Esa es mi esposa.
MAR. ¡Caramba!
¿Lo dice usted de verdad?...
EDUAR. ¿No he de decirlo?
MAR. ¿O me engaña?
EDUAR Me parece que la burla
se va haciendo muy pesada.
MAR. ¡No es burla! ¿Con que eres tú?
Como estás en esa facha
y sirves el chocolate,
cualquiera se equivocara.
EDUAR (¡Qué vergüenza!) Pero usted...
MAR. La puerta encuentro entornada,
la empujo y á nadie veo;
digo de recio: *¡Ah de casa!*
no contestan; grito más,
y me meto en esta sala.
EDUAR (Sin duda la dejó abierta
esa pícara criada.)
MAR. ¿Con que tú eres mi sobrino?
EDUAR ¿Cómo?
MAR. Mariano Igualada
soy yo, que por conoceros
he venido de la Habana.
EDUAR ¿Es posible?
MAR. Y tan posible.
Dame un abrazo, ¿qué aguardas?

EDUAR ¡Querido tío!
MAR. ¡Por vida!
por criado de la casa
te tomé.
EDUAR Sí, no es extraño...
MAR. ¿Y mi sobrina?
EDUAR. Está mala.
MAR. ¿Cosa de cuidado?
EDUAR No;
los nervios... pronto se pasa.
MAR. Como te ví tan casero...
perdona que te tomara...
EDUAR La chica se ha despedido,
Matilde está delicada,
y traía el chocolate
para ella.
MAR. ¡Tiene gracia!
¡y me lo he tomado yo!
EDUAR No importa; voy á llamarla.
MAR. Hombre, sí, que deseo verla;
si su enfermedad no es tanta
que la impida...
EDUAR No, señor.
Espere usted; poco tarda.
(¡A más de la suegra el tío!
Esto sólo me faltaba!)

ESCENA VIII

DON MARIANO

¡Raro reconocimiento!
Su fisonomía es franca.
¿Estará Matilde enferma,
ó será este hombre un Juan Lanas?
Según me han dicho, son pobres;
el aspecto de la casa,
aunque en alto, no es malejo.
Bien hice en volver á España.

ESCENA IX

DICHO, MATILDE y EDUARDO, de bata

MAT. ¡Querido tío! (Abrazándole.)
MAR. ¡Sobrina!
¡Dame otro abrazo! ¡Qué guapa!
Ya veo no ponderaron
los que fueron á la Habana,
diciéndome que tenías
muy buen talle y mejor cara.
MAT. Es favor que su cariño
me dispensa.
MAR. ¡No, caramba!
¡Es que vales un Perú!
Si cual el rostro es el alma,
harás feliz á tu esposo.
EDUAR Es verdad...
MAT Señor...
MAR. ¡Me agradas!
Ya que mi hermano murió
y he tenido la desgracia
de no verlo más, celebro
que hija tan bella dejara.
¿Y tu madre, cómo está?
MAT. ¿No la ha visto usted?
MAR. ¿Lo extrañas?
EDUAR. Ya se ve.
MAR. Es que había salido.
Dejé el equipaje en casa,
y tomando bien las señas
que me ha dado la muchacha,
me he venido á conoceros.
Yo dije, tal vez la hermana
está con los chicos; mato
con una sola pedrada
dos pájaros, y aquí estoy.
MAT. No viene tan de mañana.
MAR. ¿Suele venir?
EDUAR. Y á menudo. (Con intención.)
MAR. Me han dicho que aquí hubo danza,
porque ella en tal matrimonio
no era gustosa; en la Habana
lo supe.

MAT. Sí; se oponía...
MAR. Y casarte deseaba
con un banquero.
EDUAR. ¡Es verdad!
MAR. Pero cuando dos se aman
no sirven oposiciones:
al corazón no se manda.
Así, habiéndose casado
por amor, es cosa clara
que sereis felices.
EDUAR. Sí...
MAR. Tú serás buena muchacha,
y cuidarás á tu esposo
y mirarás por tu casa,
porque sé que es empleado
de poco sueldo, y es fama
que la mujer cuidadosa
(Matilde se turba.)
dobla la hacienda... ¿Estás mala?
Es verdad que me lo dijo
tu esposo... ¿Cómo te llamas?
EDUAR. Eduardo.
MAR. Me lo dijeron,
pero ya no me acordaba.
Es decir que sois felices.
MAT. Sí, señor.
EDUAR. Mi dicha es tanta...
MAR. ¡Lo creo! Si es una moza...
MAT. ¡Querido tío!
MAR. ¡Qué guapa!
¡También él es buen muchacho
y tiene arrogante estampa!
¿No hay fruto de bendición?
porque mucho me alegrara...
EDUAR. Señor, llevamos seis meses
de casados...
MAR. Cierto, vaya,
soy un torpe; sin embargo,
pudiera ser que aguardaras...
que hubiera vísperas...
EDUAR. No.
MAR. ¿Te pones roja, muchacha?
MAT. ¡Tío!
MAR. No te ruborices;
las mujeres que se casan,
es natural...

EDUAR. (Buen humor
el americano gasta.)

MAR. Ea, pues que ya os he visto
y no ha venido mi hermana,
me marcho, que deseo verla.

EDUAR ¿Tan pronto?

MAT. Yo que esperaba...

MAR. No temais, que volveré;
quiero ver á mi cuñada;
y esta tarde, me convido
á comer en vuestra casa.
Yo la haré que me acompañe.

EDUAR (¡Jesucristo!)

MAR. En paz y en gracia
de Dios, aquí la familia
veré reunida.

EDUAR. (¡Ya escampa!)

MAR. Un abrazo, y hasta luego.

MAT. ¡Hasta luego, tío!

MAR. (A Eduardo.) Abraza,
y no me guardes rencor.

EDUAR ¿Yo?

MAT. ¿Por qué?

MAR. ¡Si le tomaba
por criado!

MAT. ¿Cómo?

MAR. (Riéndose.) ¡Sí!
Como le ví entrar en mangas
de camisa y que traía
el chocolate...

EDUAR. La marcha
de la chica, y como tú
también te pusiste mala..

MAR. ¡Es natural! ¡Mutuamente
debeis cuidaros! Que nada
aumenteis porque vengamos
á comer, somos de casa.
Hasta luego. ¡Cuidadito!
(Vase con Eduardo, que sale en seguida.)

MAT. ¡Hasta luego!... ¡Qué desgracia!
¡Venir hoy precisamente
cuando se fué la criada!
¡Yo no sé qué hacer! ¡Veremos
si á Eduardo se le alcanza
una idea que nos salve
de esta situación tan ardua!
(Sale Eduardo y se contemplan los dos en silencio.)

ESCENA X

EDUARDO y MATILDE

MAT. ¿Y qué hacemos?
EDUAR ¡Qué sé yo!
MAT. ¡Es situación apurada!
Se convida y la criada
hoy de casa se marchó.
EDUAR Tú le debiste decir...
MAT. ¿Y cómo se le decía?...
EDUAR Que se viniera otro día.
MAT. Cuando acaba de venir
por conocerme, no creo...
¡Bonito estuviera!
EDUAR ¿A ver?
¡Pues no darle de comer
después que venga, es más feo!
MAT. Puede que un medio se halle...
EDUAR No es muy fácil, y me pesa... (Pausa.)
MAT. ¿La fonda Barcelonesa
no se encuentra en esta calle?
EDUAR Sí se encuentra.
MAT. ¡Pues ya está!
Ya salimos del apuro;
cuatro cubiertos de á duro.
EDUAR ¿Cómo?
MAT Que los suban...
EDUAR ¡Ya!
Oye antes, Matilde mía.
Sin ambajes ni reparo,
hoy voy á hablarte muy claro:
va á ser de verdades día.
Tengo doce mil reales
de sueldo.
MAT Bien; ya lo sé.
EDUAR Hoy es necesario, que
conozcas bien nuestros males.
Con este sueldo, cualquiera
tiene un modesto pasar;
pero no, si ha de pagar
planchadora y costurera.
No mandando un pantalón
para componer al sastre,

por el único desastre
de haber perdido un botón.
No manteniendo criada
que se deja á su albedrío,
y que me pone...

MAT. ¡Dios mío!

EDUAR. En cuenta lo que le agrada.
Con tal arreglo, es probado
que mi sueldo no es bastante;
y aunque ascienda, Dios mediante,
viviré siempre empeñado.
Debo al casero, al mueblista.

MAT. ¿Qué escucho?

EDUAR. ¡Estoy aburrido,
y á remediar decidido
mi situación!

MAT. ¡Dios me asista!

EDUAR. Estabas acostumbrada
á un tren que yo no tenía,
y á mi lado no quería
que echases de menos nada.
Con muy pocos intereses,
yo, que no soy petardista,
me arreglé con un mueblista,
al que le pago por meses.
Por eso tienes aquí
muebles de que aun no soy dueño;
era halagarte mi empeño,
porque me miraba en ti.
Así en el gasto, hija mía,
sin reflexionar mi estado,
de mi sueldo desdichado
un mes y otro no excedía.
Y todo porque tuvieras
algo de lo que perdiste
cuando á mi lado viniste,
y que no te arrepintieras.
Tu madre nos perdonó;
tú deslumbrarla quisiste;
con los excesos que hiciste
nuestro empeño se aumentó.
Fué tu afán inoportuno;
hoy con dos duros contamos;
á quince del mes estamos,
y este mes trae treinta y uno.
Así es fuerza te responda,

que no es posible el hacer
que traigan para comer
los cubiertos de la fonda.
Que quiero economizar
en todo y por todo; que
de no ser así, no sé
dónde iremos á parar.

MAT. ¿Conque empeñados?

EDUAR ¡Oh! sí.

MAT. ¡Ay, Dios! Cuando yo creía
que á nadie se le debía...

EDUAR Pues sí se debe.

MAT. ¡Ay de mí!

EDUAR ¡Mi imaginación se afana
por el apuro en que estoy!

MAT. Pues salgamos del de hoy,
que ya veremos mañana.
Puesto que los dos vendrán
á comer...

EDUAR. ¡Que vengan! ¡vaya!
Comerán de lo que haya,
ó si no lo dejarán.
Principio y postre traeré:
el cocido en casa está.
Con esto y buen vino, ya
hay comida.

MAT. Pero ve
que no tenemos criada.
¿Cómo lo hemos de guisar?
Si tú puedes acertar...
yo no estoy acostumbrada...

EDUAR. ¿Y yo lo estoy?

MAT. Yo no quiero
decir que tú...

EDUAR. (¡Me encocora!)
¡Solo me faltaba ahora
transformarme en cocinero!
Cuando tu tío llegó
yo el chocolate traía,
y al verme que lo servía
por criado me tomó.
Ahora, Matilde, imagina,
que si me viera guisar,
de fijo me iba á tomar
por un pinche de cocina.

MAT. ¡Eduardo, si yo no quiero

que tú desciendas... mas es
preciso, .. porque ya ves...
ni aun está puesto el puchero!

EDUAR. ¡Ponlo tú!

MAT. Si yo supiera...

EDUAR. ¡No habría caso; ya se entiende!
quien quiere aprender, aprende,
y una vez es la primera.

MAT. Pero es fuerza, pues me obliga
hoy mi destino importuno,
que antes de ponerlo, alguno
cómo se pone me diga.

EDUAR. Garbanzos, carne, agua, sal,
chorizo y verdura, infiero
se echa todo en el puchero;
se cuece...

MAT. ¿Junto?

EDUAR. ¡Cabal!
La situación dominemos.
Matilde, tu ingenio aguza;
me voy á comprar merluza;
entre los dos la freiremos.

MAT. ¿Pero no pudiera ser
que buscaras por ahí
otra criada, y así?...

EDUAR. Eso no es fácil, mujer.
Aunque en la agencia encargara
con toda puntualidad,
fuera gran casualidad
que en seguida se encontrara.
Haz de tripas corazón,
y deja escrúpulos vanos.

MAT. ¡Buenas se pondrán mis manos
andando con el carbón!

EDUAR. El carbón suaviza mucho;
luego el jabón... la toalla...

MAT. ¿Eduardo, te burlas? (Campanilla dentro.)

EDUAR. Calla.
que la campanilla escucho.

MAT. Pero...

EDUAR. Abro, que están llamando.

ESCENA XI

MATILDE

Lo que mi madre decía:
¡Te convertirá algún día
en criada... ¡Yo guisando!
¡Yo en la cocina!... ¡Dios mío!
¡Yo entre los pucheros!... ¡ah!
no me he desmayado ya,
porque va á venir mi tío.
¡Aprovechas la ocasión
para hacerme la forzosa!
¡pero mañana tu esposa
sabrá darte una lección!

ESCENA XII

EDUARDO, MATILDE y DOÑA ANDREA

MAT. ¡Mamá! (Corriendo á su encuentro.)
EDUAR. (Tormenta tenemos.)
AND. ¡Quítate! (En tono trágico.)
MAT. ¿Estás enojada?
AND. Lo estoy. ¡Me habeis engañado!
MAT. ¿En qué?
EDUAR. (¡Buen rato me aguarda!)
AND. ¡Ya me sospechaba yo
esta terrible desgracia!
MAT. ¿Qué desgracia? Yo no entiendo...
AND. (Llorando.)
¡Hija mía! ¡Hija de mi alma!
EDUAR. (Hasta las suegras de rosca,
me figuro que son malas.)
MAT. ¡Qué sucede!
AND. ¡Qué vivís
como la gente artesana!
¡que ni aun principio comeis!
¡de todo estoy enterada!
¡Que el sueldo de tu marido
para vivir no os alcanza!
¡Que no hay tales manos puercas
como tú me asegurabas!

EDUAR. Cierto; el jabón de familias,
señora, es una desgracia.
AND. ¡Qué tiene deudas!
EDUAR. (¡Por vida!)
AND. ¡Si teniéndolas tratara
de que tú vivieras bien,
anda con Dios! ¡Oh, qué iufamia!
¡Y para tenerte así
te ha sacado de mi casa!
¡A tí, á la única hija
de don Ramiro Igualada,
que fué del Ayuntamiento,
que tuvo cruces y placas!...
MAT. Mamá que, que te han engañado...
EDUAR. Señora, si no repara...
AND. ¡Quien me engañaba éras tú!
¡ya me ha dicho la criada
que se ha despedido hoy,
todito lo que aquí pasa!
MAT. Esa criada ha mentido.
EDUAR. (¡Como la pille... canalla!)
AND. Si usted no tenía sueldo
para mantener su casa,
pudiera haber encontrado
otra mujer, que se hallara
á vivir de esta manera
desde niña acostumbrada;
y no seducir, aleve,
para su suerte quitarla,
á quien con tanto regalo
y esmero ha sido educada.
A este vástago precioso,
de tan ilustre prosapia.
¿Por qué no ha buscado usted
para esposa una artesana
que le fregara los platos,
que cosiera y que planchara,
y que en un cuarto interior
viviera feliz y ancha?
EDUAR. Señora, usted me provoca...
AND. ¿Le provoco?
EDUAR. Y se propasa;
y me hace usted que ia diga
que es usted sola la causa
que ocasiona de su hija...
AND. ¡Qué descaro!
EDUAR. ¡La desgracia!

Usted, que no la ha enseñado
á ser mujer de su casa.

AND. La dejara usté en la mía,
y con un rico casada,
hoy viviera venturosa.

MAT. Por Dios, mamá. (A Eduardo.) Tú repara...

EDUAR. ¡Basta ya de humillación!
Al pretenderla y amarla,
yo la dije lo primero
el sueldo con que contaba.
Ella me amó; al aceptar
mi suerte determinada...

AND. Ella del mundo... ¡qué sabe?
¡Ay!... ¡no escuchó mis palabras,
y se olvidó de su origen
por su amor! Usted la paga
tan terrible sacrificio,
con tenerla aquí encerrada,
comiendo poco... y vistiendo...

EDUAR. ¡Señora!

AND. ¡A la antigua usanza!
¡En vez de minar el mundo
porque de menos no echara
lo que en su casa perdía!

EDUAR. ¡La paciencia se me acaba!
Señora, si usted sostiene
ese boato que engaña,
viviendo de la tramoya,
de los enredos y trampas...

AND. ¿Yo trampas?

MAT. (¡Ay, Dios bendito!)

AND. ¡Qué insulto! ¡Matilde!... ¡Agua!
¡Yo me ahogo!

MAT. Voy por ella.
(¡Eduardo!) (Aparte á Eduardo.)

AND. (Abanicándose.) ¡Jesús!

MAT. (¡Oh, calla! (Vase.)

AND. ¡Trampas yo!

EDUAR. ¡Mas que el Estado!
¡Usted que carruaje gasta
cobrando una viudedad
que á sostenerlo no alcanza:
usted que ricos vestidos
de seda con cola arrastra,
debiéndole á la modista,
al tendero, á la criada!

AND. ¡Ay, qué infame!
EDUAR. ¡Al zapatero,
al mueblista!
MAT. Aquí está el agua.
(Saliendo con un vaso.)
AND. Dame. ¡Me abraso!
MAT. ¡Mamá!
EDUAR. ¡A la planchadora!
MAT. ¡Basta!
EDUAR. ¡Y en fin, hasta al carbonero
que el carbón lleva á su casa!
Pero hoy el deber es moda;
hoy se lucen ricas galas,
pidiendo á los usureros;
y así usted como otras varias,
van aparentando fausto
á la Fuente Castellana,
debiendo hasta la camisa,
las ligas y las enaguas!
MAT. ¡Eduardo, ve que es mi madre
á quien de ese modo hablas!
EDUAR. ¡Ve, Matilde, que es tu esposo
á quien esa madre ultraja!
Yo he pretendido casarme,
porque mi sueldo alcanzaba
para vivir; mi mujer,
por no cuidar de su casa;
por no querer ayudarme;
por no dar una puntada,
ocasiona el despilfarro
que nos arruina y nos mata.
MAT. ¡Y á mí me culpa!
AND. ¿Ves tú?
¡El buscaba una criada
en su mujer!
EDUAR. No, señora.
Mas la mujer que se casa
debe ayudar al marido;
¡es su obligación!
AND. ¡Qué infamia!
MAT. ¡Ay, mamá!
AND. ¡No me escuchaste
cuando consejos te daba!
EDUAR. ¿Qué dote dió usté á su hija
para exigir?...
AND. ¡Oh, qué audacia!

Ella, hija de un brigadier,
que cuando vestía de gala
con el peso de las cruces
destrozaba la casaca.

EDUAR. (¡Ni que se hubiera colgado
la cruz de Puerta Cerrada!)

AND. ¡Ella, hija de un caballero
tan noble!... lleno de placas...
que fué del Ayuntamiento,
y socio además de varias...

EDUAR. Y secretario honorario;
¡mas no la dejó una blanca!
Y aunque la hubiera dejado
un caudal en oro y plata,
la mujer debe saber
las haciendas de la casa;
que aunque criadas la sobren,
y por eso no las haga,
sabiendo cómo se hacen,
sabe bien cómo se mandan.

AND. ¡Mira el amor de tu esposo.

EDUAR. Más que usted la quiero.

MAT. ¡Calla!
¿No se atreve el fementido?

AND. Tú te divorcias mañana.

EDUAR. ¿Qué es divorciar?

AND. Y ahora mismo
vas á salir de esta casa.

EDUAR. Señora, soy su marido,
y usted ya en ella no manda.

AND. ¡Ya se convirtió en tirano!
¡Ay, hija de mis entrañas!
¡A mí me da algo! ¡de fijo!

MAT. ¡Eduardo, nunca pensara
que faltases de ese modo
á mi madre!

AND. ¡Ay! ¡Se me saltan
las sienes! ¡Quiere que seas
en vez de esposa, una esclava!

MAT. ¡No he nacido para eso!

EDUAR. ¡Señora, por Dios, no haga
que su hija á sus deberes
falte!

AND. Usté es el que falta.
¡Por esclavos á Guinea!
no merece usté una alhaja...

EDUAR. ¡Que usted quiere neciamente
que al fin al abismo caiga!
¡Pero yo soy su marido!
¡Yo evitaré su desgracia!
Esta es mi casa, ¿lo entiende?
¡y nadie aquí la voz alza!

AND. ¡Me echa, Matilde!

MAT. ¡Eduardo!

AND. ¡Ay! ¡qué congojas! ¡qué ansias!
(Cae desmayada.)

MAT. ¡Se ha desmayado! ¡Ay, mamá!
¡No respira! ¡Qué desgracia!

EDUAR. ¡Adiós, para siempre!

MAT. ¿Qué?

EDUAR. ¡Que me marcho de esta casa
para no volver!

MAT. (Se desmaya.) ¡Jesús!

EDUAR. ¡Esta suegra es una plaga!
(Se pone el sombrero sin acordarse que está de bata, y al ir á salir por el foro, le detiene don Mariano, que sale sin notar que están las dos desmayadas.)

ESCENA XIII

DICHOS y DON MARIANO

MAR. ¿Adónde vas?

EDUAR. ¡Al infierno! (Vase.)

MAR. ¿Y vas de sombrero y bata?
Aquí debe pasar algo. (Baja á la escena.)
¡Qué miro! ¡Dos desmayadas!
Pues señor, bonito cuadro
vengo á ver desde la Habana.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

DON MARIANO y EDUARDO

MAR. Vamos, cálmate, sobrino;
no es tanto el mal como piensas.
EDUAR. Si no fuera por su madre...
MAR. ¡Es verdad!
EDUAR. ¡Matilde es buena!
Yo lograra poco á poco
que la razón conociera.
MAR. Siempre ha sido mi cuñada
inconsiderada y necia,
y han sido su gran defecto
esos humos de grandeza.
¡Pero, hombre! Yo que venía
con tanta gana de verla,
y me encuentro...
EDUAR. ¡Pobre tío!
MAR. ¡Con situación tan patética!
A tí de bata y sombrero,
y que al infierno me echas.
EDUAR. ¡Dispénseme usted; salía
desesperado, y apenas
puedo yo darme razón
de lo que dije. Mi suegra
por un lado: mi mujer,
que también me desespera...
mi posición, qué me abruma...

todo formó en mi cabeza
un volcán que me abrasaba!
Así con la bata puesta
y el sombrero me salí
sin repararlo siquiera;
tomé la calle adelante
veloz como una saeta;
mas noté que todo el mundo
me miraba.

MAR. ¡Si era fuerza!

EDUAR. Ví que algunos se reian:
y que otras personas serias
con lástima me miraban:
mas yo, absorto en mis ideas,
caminaba á la ventura,
cuando le oigo á una mozuela:
«En Semana Santa estamos,
que ya un sayón se presenta.»
Vuelvo la cara y se ríe:
muchos la imitan, y empiezan
á seguirme los chiquillos
y á decirme cuchufletas.
Entonces noto mi traje,
que con razón les subleva;
me avergüenzo de mí mismo:
la gente á reunirse empieza;
echo á correr casi ciego
de furor y de vergüenza.
Acá doy un pisotón;
allá atropello á una vieja;
aquí oigo decir: «¡qué bruto!»
allí gritan: «¡que le prendan!»
otro dice; «¡si es un loco!»
—Pues á Leganés... ¡sin cuerda!
y oyendo frases distintas
aquí vuelvo á la carrera,
desesperado, aturdido,
entre silbidos y piedras!

MAR. ¡Pues yo me encontré á las dos
desmayadas! Con presteza
cogiendo un vaso de agua
que encontré sobre una mesa,
de tal modo las mojé,
que conseguí que volvieran.
Les pregunté la razón
de aquella trágica escena,

y entonces me refirieron
los pormenores de ella.
Mi cuñada renegó,
lloró...

EDUAR. ¡Qué bendita suegra!

MAR. ¡Tu mujer lanzó suspiros;
su madre, con imprudencia,
la aconsejaba el divorcio;
yo las dí buena carena!
Mi cuñada lamentaba
que su hija te quisiera
cuando tú no agradecías
el sacrificio que ella
hizo con darte su mano.

EDUAR. ¡Justo! Como si la oyera...
«¡Otro gallo te cantara!...»
exclamaría... ¡por fuerza!
¡Siempre con ese refrán
una y otra me atormentan!

MAR. ¡Comprendo! Te echan en cara...

EDUAR. Pues eso me desespera
más que nada: mi mujer
porque me amaba, resuelta
á don Jacinto Gutiérrez,
rico banquero...

MAR. Por señas
que ese banquero ha quebrado.

EDUAR. ¿Cómo?

MAR. Lo he visto en *La Iberia*.

EDUAR. En Barcelona...

MAR. Es el mismo;
pero mira, aquí se encuentra.

EDUAR. Es verdad.
(Tomando el periódico que dejó Lucía en la mesa en el acto segundo.)

MAR. Este es el suelto;
óyele letra por letra.
«La quiebra del rico banquero don Jacinto »Gutiérrez, ha sido un acontecimiento que »ha preocupado á toda Barcelona. Su bella »esposa, queriendo salvar el honor de su »marido, le ha hecho disponer de su dote »para pagar sus deudas, salvando su nom- »bre del deshonor. Este rasgo de abnega- »ción; semejante prueba de amor conyugal, »es digno del mayor elogio.»

EDUAR. ¡Pobre Gutiérrez!
MAR. No tal.
Será dichoso por fuerza
el hombre á quien da de amor
su mujer tamaña prueba.
¿Conque este era el pretendiente
que mi cuñada lamenta?
EDUAR. Sí, señor.
MAR. Pues si se casa
Matilde con él, se encuentra
con que la dura muy poco
la decantada opulencia.
Puede ser que este suceso
al fin á las dos convenza;
yo las hablaré, y veremos;
que quizá término tengan
la imprudencia de Matilde,
la necedad de tu suegra.
Que la paz del matrimonio...
EDUAR. Voy á hablarle con franqueza,
porque siento el corazón
henchido de enojo y pena.
Yo amo á Matilde...
MAR. ¡Lo sé!
EDUAR. ¡Con toda el alma! Y me pesa
que ella no viva dichosa
en nuestra dulce cadena.
Para vivir de este modo
y para mirarla expuesta
á que llegue al fin un día
que nos embarguen por deudas,
porque con tal desarreglo
es preciso que así sea,
prefiero aunque de pesar
en mi retiro me muera,
que haya una separación
voluntaria.
MAR. ¿En eso piensas?
¡No, señor! ¡ella al casarse
se ha obligado sin violencia
á aceptar la posición
de su esposo. Bueno fuera...
¡Ella debe de su casa
ocuparse en las faenas,
y renunciar á ese fausto
que neciamente desea!

Déjame á mí este negocio
y vete; su madre llega
y ya verás cómo yo
consigo entrarla en vereda.

EDUAR. Pero si ella no es feliz
á mi lado...

MAR. ¡Que lo sea!
Conocerá la razón,
ó si no... pero se acerca
mi cuñada; vete.

EDUAR. ¡Tío!

MAR. ¡Qué plomo! No te detengas.

ESCENA II

DON MARIANO y DOÑA ANDREA

MAR. ¡Adiós, Andrea!

AND. ¡Tú aquí!

MAR. ¿Cómo está Matilde?

AND. ¡Mala!
¡Pobre hija mía!

MAR. Quisiera
ya que al venir de la Habana
he llegado á presenciar
escenas que desagradan,
que hablemos algo de ellas
ahora los dos... mas con calma.

AND. ¿Con calma? ¡Eso es imposible!

MAR. ¡No, mujer!

AND. ¡Es una infamia!

MAR. Exageras de tal modo...

AND. ¿Que exagero?

MAR. Sí: no es tanta
su miseria como dices.

AND. ¿No?

MAR. Su suerte no es tan mala.
El la dijo con franqueza
el sueldo con que contaba;
de suerte que así tu hija
no pudo ser engañada.

AND. Y mi hija, ¿qué sabía?
Lo menos imaginaba
que eran doce mil reales
una fortuna.

MAR. No, hermana:
de las mocitas de hoy día
no es tan grande la ignorancia.
Ella le aceptó gustosa
entonces, porque le amaba.
Para vivir buenamente
con ese dinero basta,
siempre que ella se haga cargo
del gobierno de su casa.
Siempre que conozca ella
que no es una millonaria,
ni duquesa, ni...

AND. ¡Comprendo!
Siempre que ella resignada
sin criada se mantenga;
que guise; que friege y barra:
que repase calcetines;
que coja un cesto y se vaya
por la mañana temprano
por la verdura á la plaza.
¡Ella! hija...

MAR. ¡Sí, de su padre!
Su posición no es tan mala...
mas si fuera necesario
que una vez lo hiciera...

AND. ¡Calla!

MAR. Al portarse de ese modo,
hiciera lo que Dios manda.

AND. ¡Cómo! ¿mi hija?... ¡jamás!
¡Aun vive su madre! ¡Basta!
que solamente al pensarlo
mi sangre hierve inflamada.
Ella, hija de un brigadier
lleno de cruces y placas,
que fué del Ayuntamiento.
y que era miembro de varias
Sociedades honoríficas;
conocido en toda España.

MAR. Pero que dejó á su hija
tan pobre como las ratas.

AND. Para rica la eduqué.

MAR. Pues ahí está su desgracia.

AND. Si me hubiera obedecido,
otro gallo le cantara.

MAR. Hasta las más poderosas
deben gobernar sus casas;

como vienen las fortunas
algunas veces se marchan,
y entonces...

AND. ¡Calla, Mariano,
que sin tino disparatas!

MAR. Para querer que tu hija
con un rico se casara
y no con un pobre, dí:
¿qué dote la preparabas?

AND. ¿Solo la que tiene dote
puede ser señora?

MAR. Hermana...

AND. ¡Ella lo es por nacimiento,
por educación!

MAR. ¡Caramba!
Atiéndeme y considera...

AND. Yo no considero nada.
Sin dote pudo casarse
con un banquero, y gastara...

MAR. ¿Y tu piensas que tu hija
estaba bien educada
para casarse con él?

AND. ¿Pues no ha de estarlo?

MAR. Te engañas...
La que con él se ha casado...

AND. Sí, justo, Eugenia de Lara;
muy amiga de mi hija.

MAR. Quizá no tenga criadas.

AND. ¿Que no? ¡Y coches y lacayos!
¡Si tú leyeras las cartas
que le ha escrito á mi Matilde...

MAR. A ver si te desengañas.
Dime, pues; ¿ese banquero
no es Gutiérrez?

AND. Sí; se llama...

MAR. Don Jacinto; en Barcelona.

AND. Justo; allí tiene su casa.

MAR. Corriente: lee y verás
su opulencia en lo que para.
(Le da el periódico, señalándole el suelto. Andrea lo lee para sí con sorpresa. Pausa.)

AND. ¿Será cierto?

MAR. Considera
que si Matilde casada
hubiera estado con él,
ahora necesitaba

vivir con economía
y hacer las cosas de casa.

AND. ¡No es posible! El que vivió
como Gutiérrez no aguanta...
ya buscará; deberá...
pero su mujer...

MAR. Le salva
con su dote. Tu Matilde,
como dote no llevaba,
no podía salvarle.

AND. ¿Ya?

MAR. ¡Y la vergüenza y la infamia!...

AND. Ciertos homdres, arruinados
valen más que los que ganan
un salario miserable.
Vivirán en buena casa,
no lo dudes: y tendrán
sus criados y criadas;
las quiebras de ciertas gentes...

MAR. Pero si sus deudas paga...

AND. Para no perder el crédito
y para seguir la trampa,..
Su mujer será señora
siempre.

MAR. Pero repara...

AND. Muy en favor de mi yerno
te encuentro.

MAR. ¡Por mi desgracia:
porque la razón conozco!
Porque la mujer casada
tiene que llenar deberes
que tu hija...

AND. ¡Esto faltaba!
¡Que tú abrigues pensamientos
tan indignos de tu raza!

MAR. ¡Qué raza ni qué ocho cuartos!
Con ejecutorias rancias
no se come, ni hacen caldo
de tu marido las placas.

AND. ¡Mi hija, que tiene tu sangre!
¡Buen amparo en su tío halla!
Si siempre fuiste...

MAR. ¿Qué fuí?

AND. ¡Descastado!

MAR. No me hagas
que te diga lo que...

AND. ¿Qué?
¿Qué me has de decir?
MAR. ¡Cuñada!
¡Tú siempre fuiste una loca!
AND. ¿Yo una loca?
MAR. ¡Una insensata!
¡Tú arruinaste á tu marido
por tu afan de fausto y galas!
¡Tú no te cuidaste nunca
del arreglo de tu casa,
y así enseñaste á tu hija!
AND. Pues conmigo te propasas,
te diré que la he educado...
MAR. ¡Bien!
AND. Como me dió la gana.
¿Es mi hija, estamos? ¡Y yo
si he gastado fausto y galas,
debía mostrarme digna
de mi esposo, que Dios haya!
¡Era mi deber!
MAR. ¡Así
jamás tuviste una blanca!
AND. ¡No es cuenta tuya! Mi esposo
ya no existe, por desgracia,
y nadie me pide cuentas,
ni á nadie tengo que darlas.
Mi Matilde...
MAR. ¡Cumplirá
sus deberes de casada!
AND. ¡Hoy mismo saldrá de aquí!
MAR. ¡Que saldrá! ¿Quién se lo manda?
AND. ¡Yo!
MAR. ¡Quiá! ¡Como su marido
no se lo permita!...
AND. ¡Basta!
MAR. Basta, sí; porque si no
vamos á armar una danza..
AND. Es que yo soy...
MAR. ¡Una loca
ridícula y casquivana!
AND. ¡Y tú un grosero! ¡Un salvaje!
MAR. Si me exaspero...
AND. ¡Un canalla!
MAR. ¡Vieja estúpida!...
AND. ¡Negrero!
MAR. ¡Que va á sus años pintada,

llena de moños y lazos
y echándola de muchacha!

AND. ¡Ay! ¡ay! (Vacilando.)

MAR. ¡No finjas desmayos,
que ya conozco tus mañas!

ESCENA III

DICHOS y MATILDE

MAT. ¿Qué es esto, mamá? ¿Qué gritos?...

AND. Que ha venido de la Habana
ese judío...

MAT. ¡Mamá!

MAR. Para evitar tu desgracia,
porque tu madre te pierde;
porque tu esposo te ama;
porque...

AND. Quien la ama es su madre.

MAR. ¡Tu madre te hace ser mala!

AND. ¡Como ella fuera tu hija,
de otra manera pensaras!

MAR. No tal; pensara lo mismo.

MAT. ¡Mamá, por la Virgen santa!

ESCENA IV

DICHOS y EDUARDO, que al salir á la escena ve á doña Andrea y se oculta

EDUAR. (¿Qué gritos?... ¡Cielos! ¡mi suegra!)

MAR. Lo mejor es que me vaya,
porque si no... voy á hacer
alguna que sea sonada. (Vase.)

AND. ¡Ya lo ves! ¡Ya no es posible
que vivas tú en esta casa!

EDUAR. (¡Qué escucho!)

MAT. ¡Pero, mamá,
yo quiero con toda el alma
á mi marido!

EDUAR. (¡Bendita!)

AND. ¿Y consentirás la infamia
de que te trate?..

MAT. ¡Eso no!

Veré si por la amenaza
consigo que busque medios,
¡porque yo sé que me ama!
¡Pero eso de abandonarlo,
jamás!

EDUAR. (¡Oh! ¡Matilde amada!)

AND. ¡Ese hombre te ha hechizado!
¡Cómo ha de ser! Mas repara
que si dócil te doblegas,
te arrepentirás mañana.

MAT. ¿No le digo á usted que no?

AND. ¡Pues dile que te separas,
porque no puede tenerte
como estás acostumbrada!

MAT. ¡Eso es!

AND. ¡Justo!

MAT. Y él buscará
recursos...

EDUAR. (¡Hola!)

AND. Si alcanzas
que por miedo de perderte
te tenga como Dios manda...

MAT. Lo alcanzaré.

EDUAR. (¡Lo veremos!)

AND. Pues yo voy determinada
á dar un paso... Verás
como al fin nuestro plan marcha.

MAT. ¡Ay, mamá! ¿Qué vas á hacer?

AND. ¡Pronto lo sabrás; aguarda!

ESCENA V

EDUARDO y MATILDE

MAT. ¿Adónde irá? ¡Quiera Dios
que no haga algún desatino!

EDUAR. (¡Pues es un plan peregrino
el que tramaban las dos!) (Sale.)

MAT. (¡Ah! ¡Eduardo! ¿Nos oiría?
¡Que guapo! Yo no le dejo;
pero seguiré el consejo
de mi madre.)

EDUAR. ¿Esposa mía?
(¡Yo no sé cómo empezar!)

MAT. (Yo no sé cómo le digo...)
¿Qué? ¿Quieres hablar conmigo?
EDUAR. Sí, Matilde; eso quería. (Pausa.)
¡Tu madre es una imprudente!
MAT. ¡Eduardo! ¡Vaya un principio!
EDUAR. Y si ella no pierde el ripio,
yo no tolero...
MAT. ¡Detente!
Que por más que no te cuadre
su manera de pensar,
así no debes hablar
de ella, porque es mi madre. (Pausa.)
EDUAR. Yo te tengo que decir...
MAT. Yo también tengo que hablarte.
EDUAR. Habla.
MAT. Puedes explicarte.
EDUAR. (Mucho me cuesta el fingir.)
MAT. (Le hablo de separación,
y él, por miedo de perderme,
se apresura á complacerme...
¡mi madre tiene razón!)
EDUAR. (¡Que Matilde me ama, es cierto!
pero la suegra es el diablo...
de separación la hablo
y sus planes desconcierto!)
MAT. Vamos, habla.
EDUAR. Tú primero.
MAT. Después de lo que ha pasado,
y como que tú has faltado
á mi madre, considero...
EDUAR. Pues por eso justamente
para hablarte te buscaba,
porque yo necesitaba
decir lo que el alma siente.
MAT. Vamos, habla: yo te oiré.
EDUAR. Pues voy á hablar con el alma,
quiero que escuches con calma.
MAT. Con calma te escucharé.
EDUAR. Por nuestra suerte fatal
tendió su red el demonio,
y así en nuestro matrimonio
batió sus alas el mal.
Pasó la luna de miel,
harto pronto á la verdad,
y la triste realidad
la trocó en luna de hiel.

Yo te amo del mismo modo,
Matilde, que el primer día;
toda mi sangre daría
por concedértelo todo.
Pero si la doy me muero,
y fuera inútil mi muerte;
que no aliviará tu suerte
mi sangre, que no es dinero.
Tú no estás acostumbrada
con estrechez á vivir,
y nunca podrás cumplir
tus deberes de casada.
Yo no puedo mejorar
mi posición, y lo siento;
porque esta vida es tormento
que no puedo soportar.
Así con el alma llena
de incomprensible amargura,
hoy pienso, por tu ventura,
en romper nuestra cadena.

MAT. (¡Qué escucho?)

EDUAR. Por tal razón
yo me condeno á perderte;
que no puedo mantenerte
conforme á tu educación.
En el trance en que nos vemos,
Matilde, he determinado
que hoy mismo... los dos de grado...

MAT. (¡No me ama!)

EDUAR. Nos separemos.

MAT. (¡Gran Dios! Y yo que creía...)

EDUAR. ¿Qué me dices?

MAT. (¡El ingrato!)

EDUAR. ¡Y piensa que de esto trato
por tu bien, Matilde mía!

MAT. (¡Ay de mí! Yo que pensaba
hacerle así la forzosa.)

EDUAR. (¡Me parece que mi esposa
tal salida no esperaba!)

MAT. A la verdad que ese medio...
con mi madre volveré...
¿pero no ha encontrado usté
para el mal otro remedio?

EDUAR. No lo he podido encontrar;
yo necesito una esposa...

MAT. ¡Ya!

EDUAR. Que me ayude hacendosa.
MAT. ¡Ahí venimos á parar!
EDUAR. Y como tu educación
es de rica y yo soy pobre,
por más que el amor me sobre,
pienso en la separación.
MAT. (¡No me ama ya! ¡No! ¡Dios mío!
y mi madre que me obliga
á que enojada le diga...
¿Si tendrá razón mi tío?)
EDUAR. ¿No contestas?
MAT. Sí, Eduardo.
EDUAR. Yo pienso que aprobarás
mi proyecto, me darás
la contestación que aguardo.
MAT. ¡Le diré á usted, caballero,
que su esposa le adoraba!
EDUAR. (¡Con qué gusto la abrazaba!)
MAT. ¡Parte usted muy de ligero!
Si me hubiera usted querido,
otro remedio encontrara
que la situación salvara,
primero que el que ha elegido.
Puede usted libre gozar
las delicias del soltero...
(¡Jesús! Contenerme quiero,
y temo echarme á llorar!)
EDUAR. Los dos nos equivocamos
al estrechar esta unión,
y por eso, y con razón,
arrepentidos estamos.
Yo necesito mujer
que se conforme gustosa
con ser humilde, hacendosa,
y cumplir con su deber.
Tú necesitas marido
de riquezas y de influjo,
que te mantenga con lujo,
porque siempre le has tenido.
Aunque á mi dicha contraria,
reconozco la razón,
y nuestra separación
hoy la juzgo necesaria.
MAT. (No sé qué pasa por mí.)
EDUAR. (¡Se aflige! ¡Matilde mía!
Un abrazo la daría
si no me fuera de aquí.) (Vase por el foro.)

ESCENA VI

MATILDE

¿Es cierto lo que escuché?
Él con delirio me amaba,
y hoy se decide á dejarme...
¡Ah! ¡porque ya no me ama!
Separarnos... ¡imposible!
¡yo le quiero con el alma!
¡Y para tal decisión
pienso que no he dado causa!
¿Si tendrá razón mi madre?
Si él en su esposa buscaba
un ser que hiciera las veces
de doméstica en su casa;
un ser que le obedeciera;
un ser á quien rebajara...
¡Sí; mi madre me lo ha dicho,
porque mi madre me ama;
y ella quiere que su hija
con dignidad sea tratada!

ESCENA VII

MATILDE, EDUARDO y DON MARIANO, con carta

MAR. (Aparte á Eduardo.)
(Pues ahora me contarás...)
Matilde, toma esta carta.
MAT. ¿Una carta?
MAR. Cuando yo
ahora á la puerta llegaba,
vino el carretero.
MAT. ¡Ya!
MAR. ¡Pues!
este la tomó, y...
MAT. (Tomándola.) Bien; gracias.
MAR. (Aparte á Eduardo.)
Está turbada Matilde.
EDUAR. (Venga usted.)
MAR. (¡Es cosa rara!)
MAT. (¿Por qué me ha de parecer
tan guapo!)
MAR. ¡Pues vamos, anda!

ESCENA VIII

MATILDE

Letra de Eugenia; sin duda
con retumbantes palabras
me contará que ha comprado
un par de yeguas normandas
ó que da bailes magníficos.
Si piensa que he de envidiarla
sus riquezas y su lujo,
á la verdad que se engaña.
«Mi querida Matilde: Siempre te he comunicado mis penas y mis alegrías; hoy tomo la pluma para referirte un pesar que constituye mi felicidad verdadera. Se ha cambiado completamente mi posición... Mi marido se ha visto en la precisión de presentarse en quiebra; viendo yo que tras de su ruina estaba la deshonra, le he entregado mi dote, y con él ha pagado á todo el mundo. Sólo hemos conservado una casita que nos renta diez mil reales, y con eso vivimos sin fausto, pero con decencia.»
Vive con diez mil reales,
ella, que está acostumbrada...
con doce mil á nosotros,
no hay duda, no nos alcanza.
«He despedido á mi servidumbre, y yo tengo el placer de servir á mi esposo, que hoy me ama... ¡más que nunca! ¡Cuántas gracias doy á mi madre, á quien Dios bendiga en el cielo, porque en medio de nuestra opulencia me enseñó á hacer las haciendas de mi casa. Hoy las hago sin violencia; ¡hasta con placer! Si no fuera por eso, no podríamos vivir; y el deber de la buena esposa es ayudar á su marido en la adversidad. La etiqueta y los negocios no me roban hoy sus caricias. Vivimos el uno para el otro; el dinero no da la verdadera felicidad; hiciste bien en casarte por amor con un pobre; ahora comprendo lo venturosa que vivirás á su lado.»

¡Venturosa!... ¡Esta mujer,
después que prudente salva
con su dote á su marido
de la deshonra y la infamia,
vive contenta y feliz!
¡Diez mil reales les alcanzan
para vivir, porque ella
arregla y cuida su casa!
Ella es una buena esposa,
y yo... ¿qué soy? ¡Desgraciada!
¡Eduardo tiene razón!
¡Oh! sí; ¡mi madre se engaña!
¡Es mi deber!... ¡quiero verla,
decirla lo que me pasa!
(Entra por la puerta izquierda, y sale con abrigo y sombrero, que se pone durante los versos siguientes.)
¡Termínese esta ansiedad!
Si Eduardo me compara
con Eugenia .. ¡no! Yo debo
en el momento imitarla.
(Al volverse para marchar ve á Eduardo en la puerta de la derecha. Ella, aturdida, se vuelve maquinalmente y coge el plumero que estará en una silla, y sin darse cuenta de lo que hace, empieza á limpiar muy de prisa todos los muebles.)

ESCENA IX

MATILDE y EDUARDO

MAT. (¡Ah! ¡Eduardo!)
EDUAR. (¡Ella está aquí!)
MAT. (¡Yo no sé lo que me pasa!)
EDUAR. (¡Qué bella!)
MAT. (Si busca casa...)
EDUAR. (¡Oh! ¿qué hace?)
MAT. (¡Triste de mí!
¡Si ahora abandona á su esposa
sin su pena reparar,
no ha de poder alegar
que yo no soy hacendosa!)
EDUAR. (¡Mi mujer ataviada
de ese modo, y sacudiendo
el polvo!... Pues no lo entiendo...)

MAT. (¡Y no viene á hablarme!... ¡Nada!
¡Ah! yo no debo ceder...)
(Limpiando más fuerte.)
EDUAR. (¡Es la escena deliciosa!...
¿Con eso mi cara esposa
qué se puede proponer?)
MAT. (¡Y no llega! Como soy,
que si dos minutos tarda...)
(De mal humor, yendo de un lado para otro, cogiendo sillas y sacudiéndolas fuertemente.)
EDUAR. (Con ese trajín... ¿qué aguarda?)
MAT. (¡Nada le digo, y me voy!
EDUAR (¡Teme á la separación!)
MAT. (¡Ya me voy desesperando!
¡Por más que estoy trajinando...
tiene muy mal corazón!)
(Da un golpe muy fuerte con una silla.)
EDUAR (Los muebles me va á romper.)
MAT. (En limpiando este me voy.)
EDUAR (¡Muy hacendosa está hoy
con sombrero mi mujer!)
MAT. (¡No me habla! ¡Dios bendito!
Quiero evitar la razón
que desbarata esta unión,
porque yo le necesito.)
EDUAR ¿Matilde?
MAT. (¡Cielos! ¡Ya viene!
(Volviendo á limpiar las sillas de nuevo.)
¿Si al fin calmará mi pena?)
EDUAR. Divertida es la faena
que á estas horas te entretiene.
MAT. ¡Pues nada más natural!
Tanto polvo hay por aquí,
que limpiarle decidí.
EDUAR. Pero, chica, así estás mal,
¿no ibas á salir?
MAT. (Sin dejar de limpiar.)
¿Yo?... ¡no!
Como todas las mujeres,
hoy atiendo á mis quehaceres,
porque eso es lo justo.
EDUAR ¡Oh! (Sorprendido.)
MAT. ¡Así á lo menos lo infiero,
y extraño que te sorprendas!
EDUAR ¿Es moda hacer las haciendas
con abrigo y con sombrero?

MAT. ¿Con sombrero?... ¡Sí; es verdad!
me lo puse distraída... (Quitándoselo.)
EDUAR ¡Es la escena divertida!
MAT. (¡Me aturdí! ¡Qué necedad!)
EDUAR La ilusión será completa,
si al acabar, como espero,
para espumar el puchero
te me vistes de etiqueta. (Riéndose.)
MAT. (¡Se burla! ¡Qué intolerante!)
EDUAR Será cosa peregrina
trajinar en la cocina
con abanico y con guante.
MAT. Pues bueno; yo iba á salir,
vi el polvo, y quise evitar...
(¿A que me va á hacer llorar
mientras yo le hago reir?)
EDUAR ¿Ahora que vas con tu madre
quieres hacerte hacendosa?
Es cualidad, cara esposa,
que pienso que no le cuadre.
MAT. Lo sé... pero eso no quita...
¿á dónde te has arrimado?
EDUAR ¿Yo?
MAT. ¡Si vas todo empolvado!
(Cepillándole.)
te limpiaré la levita.
EDUAR (¡Es cosa particular!)
¿Estás mala?
MAT. No... (Sin dejar de cepillar.)
EDUAR. Pensé...
MAT. ¿Por qué lo dices?
EDUAR. Porque
hoy te ha dado por limpiar.
MAT. Cómo no, si vas así.
Vuélvete. (¡Ay, qué mirada!
¡Me hiciera muy desgraciada
si se marchara de aquí!)
EDUAR (Me está mirando á hurtadillas.)
MAT. (¿Me querrá?)
(Le levanta un brazo y le cepilla por debajo.)
EDUAR Vamos, despacha.
MAT. ¿Tienes prisa?
EDUAR No, muchacha;
es...
MAT. ¿Qué?
EDUAR Que me haces cosquillas.

MAT. Espera; se va á caer
(Señalando uno de la levita.)
este botón; voy al punto...
Verás como te lo apunto... (Coge aguja y seda.)

EDUAR. ¡Mas si está firme, mujer!

MAT. ¿Que está firme? ¡No es verdad! (Cosiéndole.)

EDUAR. Si no sabes... quién entiende...

MAT. Todo en el mundo se aprende
con fuerza de voluntad. (Muy marcado.)

EDUAR (No hay duda, se ha convertido.)

MAT. Este está flojo también;
voy á asegurarlo, ven. (Cosiéndole.)

EDUAR. (¡Vamos, estoy aturdido!)

MAT. Alguno en los pantalones...

EDUAR. No, mujer... todos están
muy firmes... (Vaya un afán
de pegarme los botones.)
(Eduardo coge el sombrero.)

MAT. ¿Ahora te vas?

EDUAR. Sí; ahora voy, (Con intención.)
atendiendo á tu reposo...

MAT. ¡Cómo! A mi...

EDUAR. Sí; que es forzoso
que nos separemos hoy.

MAT. Supuesto lo has decidido... (Turbada.)

EDUAR. (Me da pena atormentarla,
mas es forzoso educarla.)

MAT. (¡Si se marcha, me he lucido!)

EDUAR. (¡Su aturdimiento me alegra;
ella me ama, y yo la adoro!
Matilde fuera un tesoro
si no viviera mi suegra!)
¡Vaya, adiós!

MAT. Escucha.

EDUAR. ¿Qué?
¿Tienes que decirme algo?

MAT. (¿De qué pretexto me valgo?...)

EDUAR. Que espero.

MAT. (¿Qué le diré?)
Es que vas mal, y no quiero
que vayas así.

EDUAR. Me admira...
¿Que voy mal, dices?

MAT. Sí, mira;
(Le quita el sombrero y empieza á cepillarlo.)
te cepillaré el sombrero.

EDUAR (¡Le ha dado por cepillar
y sacudir... cosa rara!)

MAT. Luego la gente repara,
y comienza á criticar...

EDUAR Tanto afán no te merezco,
porque al fin...

MAT. ¡Qué tontería!
(Sigue cepillándole.)
Esta obligación es mía.

EDUAR. Con razón te lo agradezco,
que no estás acostumbrada...

MAT. Eduardo... ¡cómo ha de ser!
Al que cumple su deber
no hay que agradecerle nada.

EDUAR. (¿Conocerá la razón
y entrará en el buen camino?)

MAT. (¡No me dice... pierdo el tino
y se arde mi corazón!
(Cepillando maquinalmente en un mismo lado muy deprisa, y próxima á llorar.)
¡El no comprende mi anhelo
y me va á desesperar!)

EDUAR (¡Tanto lo va á cepillar,
que le va á quitar el pelo!)

MAT. Ya está el sombrero. (Con desprecio.)

EDUAR ¿Ya? (Lo toma y va á irse.)

MAT. Espera.
(¿Y me he de bajar á él?
¡Es conmigo muy cruel!)

EDUAR ¿Qué querías? (Con malicia.)

MAT. Nada; era...

EDUAR ¿Tengo polvo en otra parte?
¿Acaso las botas?...
(Presentando el pie para que le limpie.)

MAT. (Contrariada.) ¡No!

EDUAR ¿Entonces, qué quieres?

MAT. Yo...
quiero... que tengo que hablarte.

EDUAR ¡Acabáramos! ¿Por qué
no lo has dicho ya? Te escucho.

MAT. ¿Pues no ves que sufro mucho?

EDUAR ¿Qué tú sufres?

MAT. (Próxima á llorar.) ¡Ya se ve!

EDUAR ¿Y cuál es la causa, dí?

MAT. ¡Porque tú eres un ingrato!
Quieres dejarme...

EDUAR. Yo trato. .
MAT. Cuando padezco por ti.
EDUAR ¡Matilde!
MAT. Ya he conocido
que á mi deber he faltado;
que para estar agraviado
sobrada causa has tenido.
EDUAR. ¿Será verdad? ¿A quién debo?...
MAT. Al ejemplo de mi amiga.
Lee esa carta; ella te diga
lo que á decir no me atrevo.
(Le da la carta de Eugenia; y él lee para sí, mientras dice aparte.)
(Mi madre se equivocó
por su amor exagerado;
lo que ella no me ha enseñado
hoy debo aprenderlo yo.
Ya mi enmienda he decidido;
con ella tendré el placer
de cumplir con mi deber
y agradar á mi marido.)
EDUAR ¡Matilde, todo lo entiendo!
¡Tú tienes buen corazón!
¡Tú conoces la razón
de lo que estamos sufriendo!
¡Yo dejarte no quería,
que eres mi bien, mi destino!
Solamente al buen camino
conducirte pretendía.
A más que yo desde allí
oí tu conversación;
tú ibas de separación
á hablarme.
MAT. ¿Escuchaste?...
EDUAR ¡Sí!
estabas determinada
á amenazarme... y no en vano
te he ganado por la mano.
Adelanté la jugada.
MAT. ¡Qué pícaro!... Y yo creí...
¡pues no me has dado mal susto!
EDUAR ¡Matilde!
MAT. Has tenido el gusto...
EDUAR No...
MAT. ¡De burlarte de mí!
¿Pero me quieres?

EDUAR ¡Te adoro!
¡Y sin ti no viviría!
¡No soy pobre, vida mía,
porque eres tú mi tesoro! (Abrazándola.)
MAT. ¡Ay! ¡Qué peso me has quitado,
Eduardo, del corazón! (Transición.)
¡La voz de separación
queda prohibida!
EDUAR. ¡Aprobado!

ESCENA X

DICHOS y DON MARIANO, puerta derecha

MAR. ¡Muy bien! ¡Me place!
MAT. ¡Mi tío!
MAR. Que desde allí os escuchaba,
y comprendo que os quereis...
EDUAR ¡Oh! ¡mucho!
MAR. ¡Con toda el alma!
Por lo tanto vuestra suerte...
MAT. Yo pretendo mejorarla;
hasta que pagues tus deudas
pasaremos sin criada.
Dispensarás si al principio
no hago las cosas de casa
muy bien, pero con el tiempo
procuraré darme maña.
EDUAR ¡Oh! ¡Matilde! ¡Qué dichoso
me haces hoy con tus palabras!
MAR. Vuestras deudas pagaré;
tomarás una criada,
y con ella aprenderás
y cuidarás de tu casa.
Si tú cumples como debes,
haciendo lo que Dios manda...
soy rico, y no tengo hijos...
portarse bien, y...
MAT. ¡Tío!
EDUAR ¡Gracias!
MAT. Pues para dar una prueba
de que ya estoy enmendada,
voy á empezar al instante
la limpieza de la casa. (Vase foro izquierda.)

ESCENA XI

DON MARIANO y EDUARDO

MAR. ¿Adónde va?
EDUAR. ¡Si es un ángel!
(Campanilla dentro.)
MAR. Ella cumplirá... mas llaman:
voy á abrir; no vayas tú,
que puede ser mi cuñada. (Vase.)

ESCENA XII

EDUARDO

¡Mi suegra! ¡Mucho me temo
que se arme una nueva danza!
¡Si se arrepiente Matilde
de su enmienda... Dios me valga!
(Se oye disputar á don Mariano y á doña Andrea.)
¿No lo dije? ¡Ya hay cuestión!
¡Si esta suegra es una plaga!

ESCENA ULTIMA

EDUARDO, DON MARIANO, DOÑA ANDREA, y á poco MATILDE con delantal puesto y una escoba en la mano

AND. ¡Mentira! ¡Es una impostura!
MAR. No tal; verás cómo ella,
que es tan dócil como bella,
alivia su desventura.
MAT. ¡Mi madre! (Asustada al verla.)
AND. ¡Qué miro! ¡horror!
MAT. Esto es, mamá, que me allano...
AND. ¡Con una escoba en la mano!
MAR. Y aun le falta el cogedor.
AND. ¡Tú en esa facha! ¡oh! ¡bajeza!
EDUAR. Señora, es que ha conocido ..
MAR. ¡Quiere llevar su apellido
tan ilustre, con limpieza!
AND. Y te obligan... ¡oh! ¡baldón!
MAT. No, mamá; si es que yo quiero...

MAR. ¡Y va á espumar el puchero!
AND. ¡Jesús!
MAR. ¡Y echará carbón!
AND. ¡Descenderás de ese modo!
y tu altivez no repara...
EDUAR Que como Eugenia de Lara
ella debe hacerlo todo.
AND. ¡Vamos, me la han hechizado
los viles! ¡Qué villanía!
MAT. ¡No lo creas, mamá mía!
Es mi deber... me he casado...
AND. ¡Ay! ¡Si alzara la cabeza
tu padre desventurado,
y viera que han mancillado
su apellido y su nobleza!
¡El horror que mi alma arroba
de nuevo le asesinara,
cuando á su hija mirara
con esa prosaica escoba!
MAR. Ella por su educación
debiera guardarte encono.
MAT. Yo á su cariño perdono
su falta de previsión.
AND. ¡Pues no dice me perdona!
¡Esto es horrible! ¡Hija impía!
¡Porque mucho te quería
no te quise hacer fregona!
¡Adiós! ¡adiós! ¡Desde hoy
no cuentes que tienes madre!
¡Si pudiera ver tu padre
lo que yo mirando estoy!
MAR. Pues cuando llegues á ver
fregando platos...
AND. ¡Dios mío!
MAR. ¡Y guisando!
AND. ¡Calla, impío!
MAR. ¡A la hija del brigadier!
AND. Tú, infame, das al olvido...
MAT. No doy al olvido nada;
es mi deber de casada
ayudar á mi marido.
EDUAR ¡Bendita!
MAR. ¡Mujer!
AND. ¡Atrás!
¡Mulato infame!
MAR. Yo soy...

AND. ¡Mala hija! Ya me voy
para no volver jamás. (Vase.)

MAT. ¡Eduardo!

EDUAR. ¡Tu pena calma!

MAR. ¡Su perdón te otorgará
cuando se convenza!

MAT. ¡Ah!
¡Su dolor me llega al alma!

EDUAR. Su mal entendido amor
y su excesiva ternura
causaron tu desventura
y hoy motivan su dolor.
Por lo mismo no repara
que al hallarte en este estado,
si bien te hubiera educado,
otro gallo te cantara.

FIN

Precio: DOS pesetas